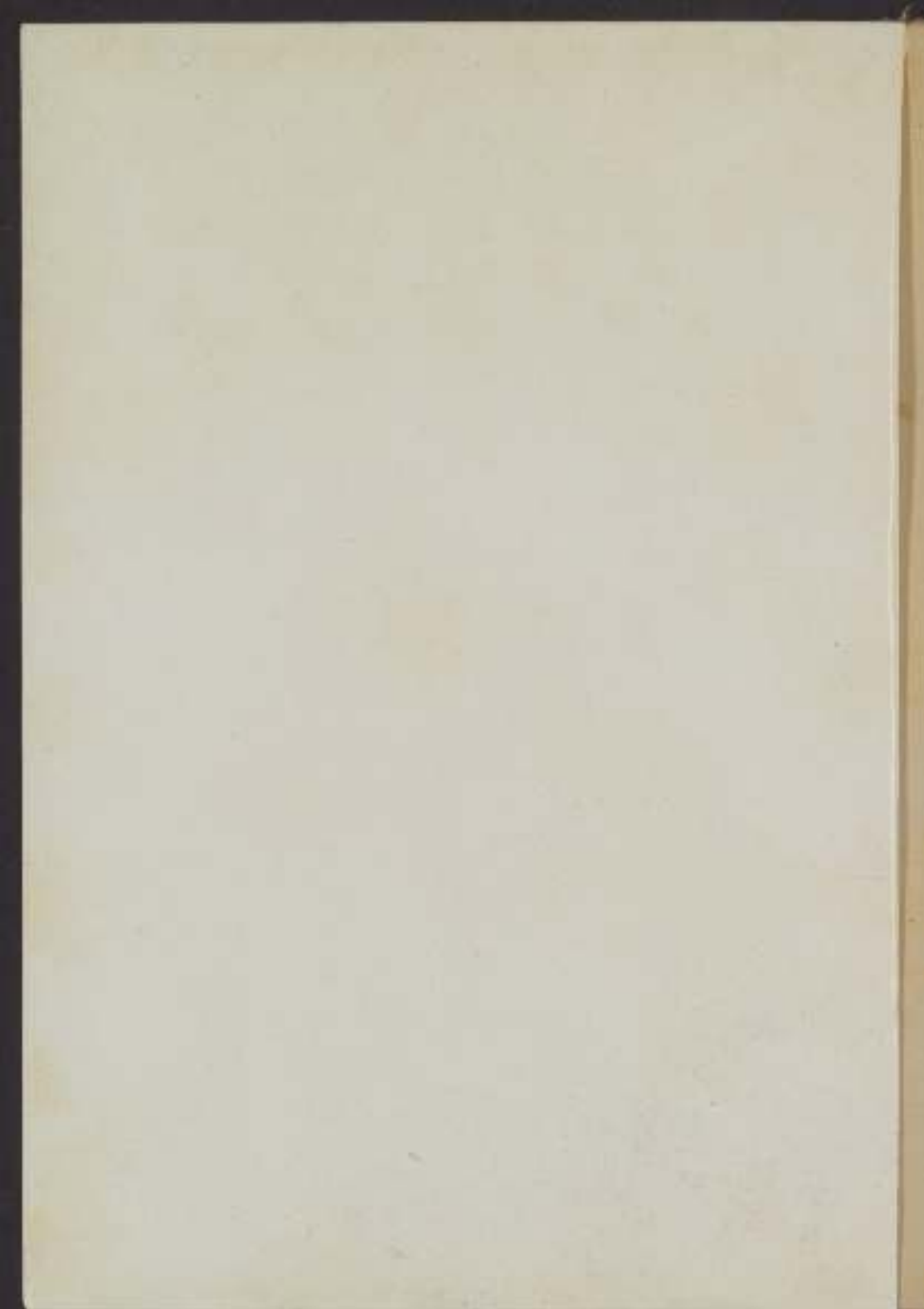




La Jungla en Armas



Gary Cooper
David Niven
Reginald Owen



LA JUNGLA EN ARMAS

PRINCIPALES INTERPRETES

Gary Cooper
Andrea Leeds
David Niven
Reginald Owen

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

La jungla en armas

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

CAPITULO I

SUCESOS PRELIMINARES

Los malayos, decididos a realizar sus aspiraciones de dominar en las islas, habían no sólo resistido victoriosamente al empuje de las tropas de los Estados Unidos, refugiándose en los intrincados bosques interiores, sino también, considerando llegada la hora de poner en práctica sus deseos, asolaban los poblados de los numerosos isleños, saqueando las casas de sus pobladores, asesinando a los hombres y raptando a las mujeres y a los niños, con una crueldad no desprovista de método y que hablaba bastante favorablemente de la inteligencia y el valor de su terrible cabecilla, Alipang.

Estas correrías y devastaciones tuvieron su repercusión en los centros militares más elevados y fueron la causa de que cierto día el coronel Hatch expusiera la situación al general encargado del gobierno de las islas, el cual, rodeado de su Estado Mayor y ante un mapa en relieve, escuchaba atentamente el informe

detallado de su subalterno. Mientras habló fué oído con la deferencia debida a su pericia y hasta se le pasó por alto el tono irritado de sus palabras, que fueron:

—Señores, esto es Maisang, el centro de la región de los malayos, lo más peligroso de las islas. Retirar ahora el ejército de ahí es un suicidio. No deben permitirlo de ningún modo. Ya saben lo que ocurrió en Tugulu. Alipang ya está en marcha y saquea pueblo tras pueblo. ¡Insisto en que no deben retirarse las tropas de Maisang!

—En efecto, coronel. —repuso el general—. Sin embargo, el Ministerio de la Guerra no admite discusiones y ha ordenado se retiren las tropas ahora.

Hatch hizo un gesto de contrariedad y de impotencia.

—Bueno, y ¿qué va a ser de los isleños que viven allí?

La contestación del general le sorpren-

dió, haciendo que sus hombres se cuadraran militarmente.

— Usted los enseñará a defenderse.

— ¿Contra Alipang? — casi se burló. — No conseguiría enseñarlos en diez años; me temo que Alipang no aguante tanto. Tiene en la selva millares de hombres con él. Sólo aguarda que se marche el ejército. Hará una carnicería.

— Tendrá usted que impedirlo, coronel.

— ¿Con qué?... ¿Con los indígenas?

— Sí, con los indígenas. Si nuestras tropas están allí los isleños confiarán en ellas. Algún día tendrán que defenderse solos — agregó a modo de consuelo. — A usted le incumbe prepararlos. Vamos a hacer una prueba en Maisang. Si no falla, tampoco fallará en las demás islas.

El coronel casi se indisciplinó ante tanta incompreensión.

— Puedo asegurarle... En cuanto Alipang se entere de la marcha se nos echará encima... a las cuarenta y ocho horas. Pediré auxilio a gritos...

— Nadie le escuchará — afirmó el general, dirigiéndose hacia su mesa de trabajo y sacando unas fotografías, a las que señaló. — Vea usted los hombres que van a ayudarle. Este es Manning, le recogimos porque conoce bien el país. Este es Hartley, el mejor instructor y disciplinario del ejército. Este es Larson; no ha desobedecido una orden jamás... Y éste es MacColl... no ha obedecido una orden en su vida, pero él solo vale por todo un ejército.

El coronel, puesto que la suerte estaba echada, se sintió algo más aliviado al conocer a sus compañeros. Notó que una fotografía no había sido vuelta.

— ¿Y ese otro?

— ¿Este?... — murmuró su superior, leyendo una nota. — Es Canavan, el médico. Va a Maisang a cuidar de la salud

de los otros cuatro. Ahí tiene, coronel — concluyó, entregándole los despachos y estrechándole la mano.

— Gracias — respondió el coronel, saludándole.

— ¡Buena suerte! — agregó el general, con un ligero temblor en la voz. Estaba seguro de que aquella sería la última vez que vería al coronel, y es muy duro enviar a la muerte a un hombre.

Una vez en Maisang, el coronel Hatch cumplió rápidamente las órdenes del Teniente Mayor y no tardó mucho en llegar el día en que pudo presenciar desde su residencia la partida de las tropas norteamericanas. En el embarcadero los hombres se apresuraban a ocupar las chalupas, que habían de conducirlos a la patria, y las voces de los oficiales resonaban alegres en la atmósfera límpida de la mañana. Dentro de un momento, habrían desaparecido para siempre, dejando abierta la puerta para el peligro.

— *Morituri te salutamus...* Los que vamos a morir os saludamos.

El coronel se volvió, quedándose enfrentado con el padre Felipe, párroco de Maisang y apoyo espiritual y material de sus feligreses. En su rostro, labrado por los años de privaciones, surcado por las arrugas de las penas engendradas por el dolor ajeno, se leía una preocupación tan honda como la que dominaba al jefe del pueblo. Detrás de él se agrupaban los ancianos y las personas más destacadas del lugar, esperando con resignación las palabras del cura. El militar, seguro de cuál era su embajada, protestó:

— Pero, padre, ya le he dicho...

La mano del sacerdote asió el crucifijo como buscando energía en él:

— Desde el amanecer pedimos al cielo un milagro que impida a las tropas marchar de Maisang.

—Me temo que nada cambiará las órdenes del Estado Mayor, padre... Yo llevo aquí algún tiempo — procuró hablar con seguridad —. Le diré qué sucederá...

—Yo llevo aquí toda mi vida... y sé lo que va a suceder... y pronto, ¡pronto! Alipang está reuniendo todas las tribus salvajes del interior. Cuando se marchen los soldados americanos, bajarán de las montañas cerranas. Matarán a los hombres y se llevarán a las mujeres y a los niños condenándolos a la esclavitud...

El coronel sacudió la cabeza. ¿Qué podía hacer él? El sacerdote sorprendió su ademán y finalizó con desaliento:

—Para usted un informe escrito en tinta... pero para mi pueblo será un informe escrito con sangre...

Y ya había llegado el momento. Los remos de la última barca de los salvados turbaban la pulida superficie del lago formado por los attecifos. El coronel no dijo nada. Era inútil. Su mano se crispó en la barandilla del porche de su residencia. ¡Un informe escrito en sangre!

—Un poco más a escribir... ¡más a escribir! — gritaba el sargento a los remeros.

Aquellas sencillas palabras sonaban como un resaca en sus oídos.

La marcha de las tropas americanas tenía unos espectadores, aunque no tan tristes, tan interesados como los habitan-

tes de Maisang. Eran Alipang y Datu. Y, tras de ellos, el sombrío círculo formado por los cuerpos semidesnudos de sus guerreros. Alipang aprobaba con la cabeza y Datu, sencilla y rico mercader de perlas en la población, que gozaba de la confianza de todos, su lugarteniente, imitaba su gesto.

—¿Cuántos oficiales americanos se quedarán? — le preguntó Alipang, con su cara de acintadas facciones imposible, como si estuviera tallada en madera.

—Unos cuantos — dijo Datu, como si el número pareciera de importancia a partir de aquel instante.

Alipang levantó la mano con amenaza.

—Deben ser aniquilados uno tras otro hasta que manden la trapa a la selva para vengarse. ¿Quién está al mando del puesto?

—El coronel Hatch.

—Empecemos por él.

Se volvió hacia sus hombres y una serie de secas frases malayas brotó de su boca.

Poco más tarde un malayo de hercúlea complexión corría por la selva, en dirección de Maisang, empujando un enorme alfanje, con el que iba a dar comienzo a la lucha y a) sinfones aludido, impelido por un sentimiento superior a su misma voluntad.

Alipang y Datu le vieron desaparecer con una sonrisa que denotaba su seguridad en el triunfo.

CAPITULO II

EL JURAMENTADO

El doctor Bill Canavan observaba cómo la gasolinera que le transportaba se acercaba paulatinamente a Mainang, sintiendo una rara sensación, mezcla de impaciencia y de temor, si temor se pudiera llamar a no poder prever el futuro. Pero pronto fué interrumpido en sus cavilaciones por una gritaría. Varios muchachitos salían del agua, en donde habían estado nadando en persecución de la embarcación, trepaban por la borda y plantábanse ante él, mientras discutían en su incomprensible idioma, disputando, al parecer, por la gloria de ser los afortunados que llevarán su equipaje.

De repente otro muchachito, de vigoroso aspecto, intervino en la discusión y con unas cuantas frases libertó a Canavan de los inoportunos. El doctor estudió su achatada cabeza y corto cuello y notó que en algo se diferenciaba de los demás, acaso por su decisión o por sus ademanes combativos.

—Oye... — le dijo — ¿Es que acaso eres un leproso?

El chiquillo lo negó sonriente.

—Entonces, ¿por qué te temen tanto los otros muchachos?... No eres isleño, ¿verdad?

—¡No!

—¿Malayo?... ¡Oh, conque es eso...!

Sin saberlo se encontraba enfrentado

con el misterio de los acontecimientos que en Mainang sucedían.

—¿Cómo te llamas?

—Miguel.

Los dos se sonrieron y dieron principio a una de las extrañas amistades que caracterizaban a Canavan.

—Bien, Miguel... Puedes llevarme el equipaje al puesto.

—Llevar — repitió ufano el malayo.

Mac y Larson habían pasado la mañana intentando imbuir en los cerebros de los isleños, alistados para la defensa de la población, la idea de que cuando se está firme no se ha de mover ni un párpado. Mac empezaba a felicitarse por haberla conseguido, cuando advirtió que su amigo, el corpulento y bonachón Larson, encarnación de la disciplina, corría hacia él. El simpático rostro de Mac estaba perplejo al gritarle:

—¡Eh! ¡Tú!

Larson recibió la tanga fría y regresó a su puesto, indicando el desembarcadero, en donde había puesto la planta Canavan, seguido de Miguel:

—¡Mira! ¡Es BILL!... El médico... ¡Oh!

Mac comprendió que el entusiasmo iba a contagiársele y, antes de que ocurriera, ordenó romper filas, lo mismo que Larson. Ambos se precipitaron hacia el

médico, que fingía una imposibilidad que desapareció al estrechar sus manos. Era proverbial la amistad que las unía a los tres y bastaba presenciar su alegría para comprender que no era una leyenda.

—Bill, matasanos, ¿cómo estás?—aulló Mac.

—Y tú, ¿cómo estás?—repitió el médico con su lento modo de hablar.

—¿Qué tal por Samar?—volvió a preguntar Mac.

—¡Hola, chico! Bienvenido a Mainang—intervino Larson.

—¡Hola, sueco!... ¿Aun hierves el agua de beber?

—¿Traes cerveza en tu equipaje?—inquirió Larson con ansiedad, seguro de no equivocarse.

—¿Cómo está Steffens Vinagre?—dijo Mac.

—Desde que le saqué una piedra del ligado le llaman *el coronel malayo*.

—¿De veras?

—Sí. ¡Ah, ten!... un regalo para ti—dijo Canavan, entregándole una piedrecilla.

—¿Ouch? ¿Cómo la sabías? Siempre deseé una piedra de éstas—aseguró Mac, dándole vueltas entre los dedos.

Canavan cogió algo cuidadosamente envuelto por una gasa y se dirigió a Larson, mientras iba quitando las cintas que lo sujetaban.

—¿Aun coleccionas orquídeas?

Obtendida la respuesta, descubrió una hermosa flor, que Larson cogió con avidez.

—Toma.

—¡Oh!... *Orchidacea Dandrophien*. He... he estado buscándola toda mi vida. Es preciosa, ¿verdad?

—Sí—afirmó Mac. Lo tenía que reconocer a pesar de haberse burlado de la pasión de Larson tantas veces. Clarta-

mente, era un poco grotesco el contraste que ofrecía el teniente Larson rodeado de sus flores.

El coronel Hatch y sus ayudantes de mayor categoría estaban hartos ajenos de la llegada de Canavan y la sorpresa que había producido. En su despacho iba a tener lugar una importante entrevista. Manning, magnífico prototipo de militar, le presentaba a Datu, del cual esperaban sacar partido o, cuando menos, buenas consejos.

—Coronel, éste es Datu, de quien le he hablado. Un jefe malayo amigo. Viene a verle.

—Tanto gusto. Siéntese—indicó, escrutando el desagradable rostro del presentado.

—El cree también que mientras Ali-pang ronda por aquí, no podrá haber paz—siguió diciendo Manning—Nunca podrá haber paz hasta penetrar en la selva y destruirla.

—No nos internaremos en la selva ni en ninguna otra parte. Vinimos a velar por la paz e instruir a los indígenas.

Sus tres interlocutores hicieron un gesto de desagrado, que tuvo una estrada repercusión en Datu, pero la supo ocultar con astucia. Supo, acertadamente, que la testarudez del coronel pronto se vería quebrantada por el alfanje del juramentado, que en aquellos momentos se atrevía a nado a la empalmeada del fuerte.

Larson y Mac ponían al corriente a Canavan de las maravillas y diversiones del lugar, comentando con entusiasmo la abundancia de ellas, especialmente de las fiebres, tifus, viruela, cocodrilos, hormigas blancas, etc. Mac acabó su enumeración señalando la jaula de su amigo:

—...Y, ahora... rutas.

Cannavan hizo una ligera reverencia y dijo:

—Las hermanas Smith, colaboran siempre conmigo en mis investigaciones.

—El Xorán dice que las ratas son de mal agüero.

Habían llegado frente a la residencia del coronel. Este salió en aquel momento acompañado de Manning y de Hartley; y, en segundo término, de Dart y del padre Felipe. Habló hacia Manning, abarcando con un gesto a todo el pueblo.

—Bien, capitán, de nosotros depende... De ahora en adelante los pobres tendrán que defenderse solos... si pueden.

—¡Si pueden!—repitió Manning, aprobando la salvedad.

El guerrero enviado por Alipang contra el coronel se agarró a las puntas de los trocos que formaban la cerca y, sin saltar su arma, pasó al otro lado, entrando en el recinto. Permaneció durante unas segundas en aquella posición, como aturrido por el espectáculo de la gas que reinaba en él, intentando averiguar contra cuál de aquellos hombres blancos uniformados tenía que abate el filo de su alfanje.

Un muchachito fué el primero en observar su siniestra postura y dió la voz de alarma, retrocediendo, vez que fué repetida por veintenas de bocas:

—¡Un juramentado! ¡Un juramentado! ¡Un juramentado!

Como si el espanto de los indios le diese alas, corrió con la valocidad del rayo en dirección del coronel Hatch. Y la tragedia se consumió en breves instantes.

El coronel, notando que el asesino avanzaba a su encuentro, bajó rápidamente las escaleras de su residencia y salió en su busca con valor a cortarle el

paso, llevándose la mano al bicorni. Cannavan, Mac y Larson sacaron sus revólveres y dispararon contra el juramentado, el cual, como protegido de los proyectiles por una fuerza superior, continuó su carrera y descargó su arma repetidas veces sobre la cabeza del coronel.

Cannavan notó que el portador de su arma golpeaba en balde las cartuchas. No se detuvo y llegó junto al coronel en el preciso momento en que el juramentado se desplomaba fuerte sobre el cuerpo de su víctima. Tomó el pulso a su jefe y sacudió la cabeza, clavando sus pupilas en Manning, que le miraba interrogativamente. Alipang había ganado aquella jugada.

—Más vale que entre, padre—dijo Cannavan, saliendo de la habitación en que yacía el coronel. Su ciencia era inútil.

Obedeció el sacerdote, y el médico, en cuanto se hubo secado las manos, introdujo una de ellas en el bolsillo de su pantalón y sin referirse a ninguno de los hombres que allí estaban, todavía embrutecidos por la sorpresa del rápido ataque, dejó caer unos pedacitos de plomo sobre la mesa, que produjeron un sonido sordo y desagradable.

—Creí que no había apuntado bien al juramentado, pero se ve que sí. Aquí hay plomo para hundir a un acorazado.

Las seis balas de su revólver habían hecho blanco. Hartley, meditando, cogió una sin darse cuenta y la estrujó.

Manning advirtió que el padre Felipe salía de la habitación del curul y conoció por su rostro el desengaño. Tomó la palabra para decir en tono de reconcentrado odio:

—Doctor, un juramentado es como un caballo. Si se le quiere parar hay que darle aquí — su índice se apoyó en su frente — ...sólo que el caballo inspira compasión.

Canavan se sentó en el borde de la mesa y lanzó una mirada como intrigado por alguna cosa que no acabara de entender.

—He oído hablar de estos fanáticos, pero es la primera vez que veo uno. ¿Cómo podría correr con todo ese plomo en el cuerpo?... Tomarán alguna droga.

—La misma droga—intervino el sacerdote con voz suave—que nos mantiene vivos a todos: la fe... Buena o mala. El juramentado está convencido de que cuando mata a un infiel tiene seguro el paraíso.

Canavan frunció el ceño. No es que entendiera lo que el cura decía, sino que algo se escapaba del límite de sus pensamientos. Algo que acaso fuera la solución de todos los problemas. Estudió la serena cara del cura. El sabía más cosas que todos juntos, no sólo en lo referente a los isleños, sino de una región más inabordable.

—Pero no sabía que escogían sus víctimas. Ciel que atacaban al primer cristiano que veían.

—Yo soy cristiano — dijo el padre — y no me atacó a mí. Buena, tal vez no sea yo un buen cristiano. ¡Buenas noches, señores!

—¡Buenas noches! — le respondieron los tres oficiales.

Canavan abandonó la mesa y dio unos

pasos hacia un rincón de la habitación. Luego se paró frente a Hartley, sin salir de su abstracción.

—Es curioso, ¿no cree? Ese salvaje nos pasó de largo para ir derecho a un hombre, el comandante del puesto. No me sorprendería mucho que... ¿Una herida de bala? ¿Le duele la cabeza algunas veces?

Estas preguntas estaban destinadas a Hartley. Este capitán tenía una cicatriz profunda en el lugar en que la frente se une con la sien izquierda. No parecían alegrarle las preguntas de Canavan ni el contacto de sus dedos, antes bien apretó los labios y alejó de sus manos la parte herida.

—No.

—¿Siente mareos?

—No, me encuentro perfectamente.

Canavan cejó en sus preguntas, lanzando un silbido entre admirativo y dubitativo:

—Debe tener un cráneo de hierro. Ese es mal sitio; hay centros nerviosos. Conoci a un hombre en Samar...

Afuera sonaron unas voces airadas y el gruñido de unas protestas ininteligibles, cortando el relato que el médico se proponía hacer. Desde la ventana divisaron al pie de la escalera de la antigua residencia del coronel, a Larson y a Mac sometiéndose a un interrogatorio, si se puede llamar así al trato poco cariñoso que les tributaban, a dos individuos semidesnudos y de anchas espaldas. Eran dos malayos, y después del infausto suceso del mediodía, se les podía perdonar a Larson y a Mac que un exceso de celo hiciera rudos sus modales. Mac llevaba la voz cantante y Larson, como de costumbre, se limitaba a asentir a su amigo.

—¿De modo que tú eres el dueño de

esa bolsa de cocos? ¿Qué estaban haciendo en la selva?

Manning apartó la persiana. Su inesperada aparición domó un tanto el entusiasmo de Mac, quien, lo mismo que Larson, se cuadró y saludó.

—¿Quiénes son?

—Dos malayos que no pertenecen al poblado.

—¿Dónde estaban?

—Fuimos a dar un paseo y los encontramos en la linde de la selva.

Mac iba perdiendo su seguridad a ojos vistas, y la respuesta del capitán Manning concluyó por lograrlo de una manera definitiva.

—Ya sabe que están prohibidas las represalias.

—Mi capitán, lo que sé es que el coronel Hatch ha sido...

—El fue quien las prohibió—le interrumpió Manning—. Vengan a mi despacho.

Mal de su agrado dieron libertad a sus dos prisioneros, y pocos segundos después se hallaban ante sus superiores. Mac no adivinaba lo que estaba pasando. Su temperamento de luchador le pedía grandes evoluciones; así es que, sin un tirabeo, arrastró a Larson ante la mesa del capitán:

—Escuche, mi capitán... déme un escuadrón. Déjenos hacer de juramentados también.

La mandíbula de Manning se cerró con fuerza; después adoptó una expresión más suave. Mac barruntó lo que iba a seguir y se reunió a Larson, junto a Canavan, que les miró silencioso, pero leyendo cuanto pasaba por su ánimo como en un libro abierto. Mac era un luchador y nada más; estaba anhelando que comenzara la pelea. Larson era más

secreto; acaso debía tal virtud a su timidez.

Sin embargo, llenos de ansias de combatir o no, todos contemplaron intrigados al capitán Manning, el cual en aquel momento abrió los cajones de la mesa que perteneciera al coronel Hatch y sacó unos papeles, que puso ante su vista. Manning, por su prestigio y además por el empleo que tenía en el ejército, era el jefe obligado del puesto, y todos tenían que aceptar sus órdenes. Por ello, aguardaban con impaciencia a que hablara, seguros de que la prudente política de su difunto superior sería barrida para dar paso a otra más activa.

Sintieron, pues, una enorme sorpresa al escuchar sus primeras frases, proferidas con la mesura del hombre que ha meditado intensamente en su conducta futura.

—De eso es de lo que quiero hablarles... Señores, he estudiado las notas del coronel Hatch: su plan de operaciones. El pensaba que Allpang procuraría atraernos a la selva antes de que estuviésemos preparados y... tenía razón. Allpang mandó a ese juramentado para provocarnos. Pero ha fracasado. No vamos a movernos de aquí. En esta orden escrita por el coronel Hatch se prohíbe que nadie se interne en la selva hasta que la tropa esté preparada. No tuvo tiempo de firmarla.

Cogió una pluma y la mojó en el tintero, borrando el cargo de coronel y poniendo el suyo en su lugar. Larson se encará con Mac muy preocupado y le susurró, viendo lo que se disponía a hacer el capitán:

—¿Cómo voy a encontrar orquídeas si no podemos ir a la selva? Pregúntale si podemos entrar un poco, ¡anda!... pregúntaselo.

—¡Cállate!— contestó secamente Mac, todavía indignado.

Manning secaba la firma con gesto decidido. Todos dirigieron sus ojos hacia él con curiosidad. Se puso en pie e involuntariamente los demás remedaron en movimiento.

—Bien, ya la firmé— dijo—. Capitán Battley, convertirá en soldadas a esos

indígenas, aunque hayan de hacer la instrucción veinticuatro horas al día. Desde ahora instrucción, instrucción e instrucción.

Y su puño chocaba con el redoble de un tambor contra la polida mesa.

Los demás se cuadraron y saludaron, olvidando sus preocupaciones individuales por el bien común.

CAPÍTULO III

LA NUEVA ENFERMEDAD

Conforme al plan del coronel Hatch, ratificado por el capitán Manning, la vida del puesto se deslizó monótona durante varios días, monotonía que fué bien acogida por los oficiales y el padre Felipe, porque cada minuto que transcurría sin incidente significaba el entesatecimiento de los isleños. Bajo la dirección del capitán Hartley, la instrucción de los nativos en toda clase de maniobras militares y del manejo de las armas avanzaba muy lentamente, debido a la manifiesta torpeza de los indígenas para cuanto significara una acción conjunta.

No obstante, iban estrando por el camino del adiestramiento y el capitán destructor empezaba a pensar que era cosa de felicitar, tanto a Mar, Larson y al teniente nativo Yabo, y algún que otro varagento isleño, como a él mismo, cuando cierta mañana tuvo que confesarse que en el puesto comenzaban a ocurrir cosas raras.

Lo primero que advirtió, al dar su acostumbrado paseo de un pelotón a otro, fué una larga hilera de botas colocadas cuidadosamente, como esperando que del brillante cielo de los trópicos descendieran unas pies invisibles a ocuparlas. Inmediatamente sus ojos se clavaron en los pies de los soldados mandados por el di-

minuto teniente Yabo y la estupefacción curvó su boca.

¡Estaban descalzos! Sus ojos se desorbitaron. Estaban descalzos con evidente satisfacción. Una nube envolvió su cerebro.

—Teniente Yabo — gritó —. ¿Por qué hacen la instrucción sin botas?

—El teniente Canavan dijo que se las quitaran.

—Conque sí, ¿eh?... ¡Que se las vuelvan a poner!

—Sí, capitán — contestó Yabo, girando sobre sus talones.

¡Qué ocurrencias las de Canavan! Le preguntaría qué se proponía con aquella extravagancia. Siguió su paseo y ya se disipaba su malhumor anterior, cuando, por desgracia, un espectáculo tan lamentable como el descrito se ofreció ante él: unos soldados temblorosos, pálidos bajo su piel aceitunada, arrastrando los pies y de mala gana, puestos en fila india y en espera del turno para estirar y arrebatar una paja de un monigote disfrazado de una manera abominable, con algo que parecían unos estrechos y listados pantalones malayos y una chaquetilla de la misma nacionalidad. Hartley sintió que el aliento le fallaba... ¡Hacer aquello en lugar de aprender a atacar a la bayoneta!...

—¡Sargento!—aulló con todo el vigor de sus poderosos pulmones.

—A sus órdenes.

—¿Qué están haciendo aquí?—preguntó, observando la manifiesta aprensión de los reclutas.

—Teniente dice que... hacer esto una hora todos los días... Teniente dice...

—¿Qué dice...? ¿Teniente?—estalló el capitán, desesperado.

—Teniente... Canavan.

Canavan estaba con el capitán Manning en la antecala del botiquín. Conversaban apaciblemente, cuando la brusca entrada de Hartley les sacó de su serenidad. El recién aparecido se quitó el sombrero y se secó el sudor de su rostro, exclamando acusador:

—¿Por qué les dije que hicieran la instrucción sin botas?

—¿Sin botas?...—repitió el médico, sin saber a qué se refería; luego una rara sonrisa cruzó por su viril semblante:—¡Ah, sí!... Sólo lo sugerí al darme cuenta de que les molestaban mucho. No tienen costumbre.

—Pues habrá de acostumbrarse tarde o temprano.

—¿No podría hacerse poco a poco? Después de todo, nacemos sin botas.

Manning intervino, conciliador:

—El doctor debió hacerlo teniendo en cuenta la salud de esos muchachos.

—¿Quiere explicarme, también, con qué objeto hizo un muñeco al que la tropa tira de las narices?

—¿Eso?—respondió Canavan con tranquilidad.—Eso es un poco de psicología aplicada. Los nativos tienen miedo a ese... ¿cómo se llama?... A Alipang. Se arriesgan de oírle nombrar. Por eso hice el muñeco.

—¿Qué absurdo!

—Si supiera los hombres que se apun-

taron a reconocerme el día que mataron al coronel, no diría eso.

—Eso es una buena excusa para no trabajar—opiné Manning.

—Lo sé...—repuso Canavan—, pero aunque no presentaban ninguna lesión orgánica, estaban enfermos, enfermos de miedo..., porque el miedo, cuando es tan profundo, se convierte en enfermedad.

—Cuando sepán manejar un fusil se curarán—le tranquilizó con besuguedad Hartley.—Cuidese de sus píldoras; de la instrucción de esos hombres me encargaré yo.

Y se marchó tan bruscamente como había llegado, ante cuya conducta manifestó Canavan a Manning, que era más comprensivo:

—Capitán, o ese hombre tiene alta la presión arterial... o está preocupado por algo.

Y Manning le dio la razón. Hartley sufría una evidente transformación, que empezaba a preocupar a todos...

Mac estaba cómodamente tendido en el suelo, con un mapa desplegado ante él y una botella de cerveza al alcance de su mano. Su dedo se bincaba con entusiasmo en un diminuto punto del mapa, mientras él, con los ojos entornados, se entregaba a los más plácidos ensueños. Bebió un trago de la botella y se inclinó de nuevo. Hasta que no pudo dominar su goro y gritó a Canavan, a quien sabía en la habitación de al lado:

—Tal como yo la había soñado... No ha sido fácil encontrarla, pero aquí está, verde como Irlanda y sin un animal dañino... y con una playa deliciosa.

Canavan no pareció conmoverse con sus alabanzas al con la inusitada disposición de ánimo del turbulento teniente. Entró en la sala, buscando algo, y pasó por encima de su amigo como si tal cosa.

—¿Has visto mis polainas? — le preguntó.

Mac le dió un palmetazo en una de sus largas piernas, e insistió, clavando sus miradas en el alucinador puntito:

—Mira, Bill... diez millas al Sur de aquí.

Canavan se encorvó sobre el mapa y se dejó apoderar por el interés. La ilusión de Mac era poder pasar el resto de su vida en una de aquellas islas en cuanto abandonase las armas... cosa que haría años que amenazaba hacer, sin que llegara a realizarlo nunca.

—¿Eh?... ¿Has encontrado ya la isla que buscabas?

—Sí, y en cuanto acabemos aquí me voy a ella. Una isla encantadora, un jardín del Paraíso.

—Pues tendrías que buscarte una Eva —aconsejó Canavan, poniéndose en pie.

—¡Oh, no! Yo quiero vivir tranquilo.

Miguel entró en la veranda, recortándose su oscuro cuerpo en las rendijas de las entreabiertas persianas. En sus manos llevaba las polainas buscadas por Canavan, tan lustrosas, que ni su dueño las reconoció al pronto.

—¿Dónde estaban?

—Debajo cama... Yo darles brillo.

—Toma.

—No quiero dinero... Quiero ésto.

Señaló uno de los brillantes botones de la guerrera de Canavan.

—¿Para qué?

—Anting-anting (amuleto)... Trase buena suerte.

—¿No me dijiste que los malayos no tenían miedo a nada?

—Miedo a nada —corroboró Miguel.

—Pues, ¿para qué quieres anting-anting?

—Malaya no miedo a cosas que pueda ver... sólo miedo a cosas que no ve.

—Bueno, pero ¿y las balas? Esas sí que se ven.

—No ver balas... Balas, ¿eseo? ¿Tú no creer en anting-anting?

—No.

—Entonces, ¿para qué tienes esas ratas? —dijo, aludiendo a las ratas blancas que le servían en sus experimentos.

—¡Oh!... pues, para que me ayuden a descubrir algo que quiero saber.

—¿Algo que no ves?

—Eso es.

—¡Anting-anting! —sacrió Miguel.

Canavan arrancó al hacia de la guerrera y se lo dió al simpático malayo, que se alejó satisfecho.

Mac llamó a Canavan desde la salita que servía a Larson de laboratorio para sus experimentos de floricultura.

Larson estaba muy atareado introduciendo polen en el interior de las flores que ocupaban todos los espacios libres de la estancia. Una expresión de dicha sin par invadía su rostro. Mac y Canavan le felicitaron por sus trabajos.

—Eso no es nada — dijo Larson—.

Quiero conseguir una orquídea blanca; para eso vine aquí. Tiene uno que correr mucho mundo para encontrar una orquídea blanca —concluyó con ingenua sencillez.

Durante esta conversación en la residencia de los oficiales, un centinela avanzado, colocado en la parte en que Maisang se internaba peligrosamente en el bosque, paseaba su aburrimiento, mezclada de temor, deseando que llegara la hora del relevo.

Al estar de espaldas a un macizo de árboles, las ramas de uno de éstos se apartaron sin hacer ruido, y la silueta de un hombre se perfiló a contraluz un momento, el necesario para que de su mano saliera disparado un venablo que,

hacienda entre los hombres al guardián, le arrebató la vida.

Un segundo más tarde el emboscado agrosor llegaba al lado del muerto y le robaba el fusil.

Alipang estaba en su casa de juncos, elevada en lo más intrincado de las montañas, jugando un incomprensible juego, en que unas cañitas tenían el papel principal. Cualquier malayo hubiera dicho que aquel entretenimiento iba a ser fuente de contratiempos para los blancos, pues era una miniatura de las trampas que disponía en los bosques.

Repentinamente, apareció Datu, llevando con cuidado entre sus manos el rifle conquistado aquella mañana. Alipang recibió el arma con una mueca que podía ser una sonrisa de alabanza. La miró y reclinó, considerándola en silencio.

—Se llama Krag... Dispara muchas balas de una vez—le dijo Datu.

Terminó su examen Alipang y apoyó la culata en el suelo. Datu se había sentado ante él y le miraba con fijesa. Alipang entendió lo que quería decir aquella mirada, aunque no por entero.

—¿Tienen muchas igual?

—Trescientos.

—¿Y balas?

—Bastantes... Y cada fusil vale por veinte balas. Si cogen los trescientos serán suficientes.

Recordar esta aspiración a Alipang era encender su eterno afán de lucha. Sus ojos relampaguearon, mientras que la sonrisa desaparecía de su rostro.

—Hemos de rugirlos. ¡Ahora!... ¡Sale quite!...

Datu le contestó con un gesto respetuoso, pero decidido, que obtuvo éxito.

—No, no, no, Tuan. Deben atacar ellos.

Alipang hizo señas a sus secuaces que se volvieran a sentar. La experiencia le indicaba que Datu solía tener razón, a pesar de que su cautela excesiva en muchas ocasiones le irritaba. Le faltaba estar en contacto con los blancos, como Datu, para aprender a ser astuto. Protestó:

—¿Por qué esperan?... Matamos comandante... ¿Por qué no mandan hombres?

Datu volvió a acercarse a Alipang, dando una entonación confidencial a la conversación.

—Mandemos a otro juramentado a matar al nuevo comandante, y tal vez entonces envíen hombres.

CAPITULO IV

LINDA

Era día de fiesta en Maiaang. No era una fecha señalada en el calendario o decretada por los americanos, sino que, simplemente, llegaba el vapor que iba de una isla a otra y, ya trayendo mercancías, ya a conocidos o desconocidos, representaba su arribada un acontecimiento para todos los habitantes del poblado.

Entre el número de los impacientes se contaba el capitán Manning, quizás con mejor título que los demás. Entró vestido de gala en la casa del capitán Hartley y le halló mirándose en el espejo, no reparando demasiado en lo anómalo de este comportamiento.

—¡Steve!—le gritó desde la puerta.— ¡Vienes al embarradero conmigo?... Quiero presentarte a mi mujer.

—Sí, claro que sí—repuso, con ligero sobresalto, por haber sido sorprendido mirándose en el espejo.— Echa a andar. Yo iré... dentro de un momento.

—Bien.

En la gasolinera, aparte de la esposa del capitán Manning, navegaba otra persona. Una joven de unos veinte años, elegantemente vestida y lo suficiente-mente hermosa para que la guarnición de Maiaang le rindiera honores. Era la hija de Hartley.

Mabel Manning pasaba en aquel momento su mano sobre la de su juvenil

compañera y, en un tono extraño, le aconsejó:

—Linda, si eres en el matrimonio, no se le ocurra casarse con un militar. Desde que me casé no hago más que perseguir a mi marido por todo el mundo. Esta vez no lo he visto desde hace un año.

—Comprendo sus sentimientos—repuso la joven.— Hace cuatro años que no voy a mi padre. No sé si podrá reconocerme.

Y sonrió dulcemente.

Mac se había dirigido a la laguna, en donde sabía que encontraría a Larson y Canavan, éste ayudando a aquél a descargar sus cajones de semillas. Larson vocaba como un energúmeno a los isleños encargados de la descarga:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Tráele una caja para mí! Larson... E-n-r-a-n.

Mac no pudo de repetir si el vocero de Larson había tenido éxito. En su mano se estremecía un papel y lo puso bajo las narices del médico, que lo contemplaba todo con una mirada de persona que goza con los demás sus alegrías.

—Bill, Bill... Mira... He recibido una carta del abogado de Manila. Le escribí pidiéndole que se informara, dice que la isla esa no pertenece a nadie y que puedo instalarme en ella.

Esa exclamación fué producida por la visión de Linda y su sonrisa, y, sin quererlo, imaginó cuánto representaba. Y sintió una herida en su sensible corazón, en tanto que su rostro adoptaba una expresión de maravilla tan grande que Canavan no pudo menos que seguir la dirección de sus ojos. Y también se quedó convertido en una estatua.

—Bill, Mac, mirad, me han mandado las semillas de orquídeas...—les decía en aquel instante Larson.

Pero vió que sus compañeros estaban ya en el embarcadero, junto a la gasolinera. Y se olvidó de todas las orquídeas, como Mac se había olvidado de las islas y Canavan de su curiosidad por la humanidad.

Mabel Manning se reunió con su esposo para recibir una de los fuertes abrazos característicos de las largas separaciones. Tuvo que protestar para que él se diera cuenta de que ella tenía un límite de resistencia, y entonces él la apartó de él murmurando, con visible satisfacción:

—¡Bienvenida, Mabel!... ¡Bienvenida!... Gracias.

Mac les ganó terreno a sus amigos y, haciendo un saludo militar, se apoderó de la risueña Linda... nada más que con la asombrosa habilidad que tanto le envidiaban Canavan y Larson.

—Bueno... Como presidente del comité de recepción del puerto de Malsung...

La señora Manning comprendió el apuro de la joven en cuanto volvió sus ojos hacia ella. Se apresuró a presentarla a su marido.

—He aquí el hombre de quien tanto le he hablado.

—¿Cómo está usted?—saludó Linda.

—Tanto gusto.

Mac carraspeó, dando a entender a

Manning lo que esperaban de él, y el capitán dijo a su esposa y a Linda:

—Les presento a los tenientes Mac, Canavan y Larson. Esta es mi mujer y la hija del capitán Hartley: Linda Hartley.

Los tres jóvenes se inclinaron ante las dos, y luego se dirigieron a la hija de Hartley, llenos de ilusión. La voz de la señora Manning, extrañada de que el padre de Linda no hubiera acudido a recibir a su hija, preguntó:

—¿Y dónde está el capitán Hartley?

—Debería estar aquí. Acabo de dejarle—le respondió el capitán Manning, ofreciéndole el brazo y echando a andar hacia su casa.

—Está en...—dijo Mac.

Pero esta vez le ganó Canavan, agoderándose del brazo de la muchacha y diciéndole:

—¿Quiere acompañarnos?

—Sí, sí, venga usted—intervino, a su vez, Larson, sin encontrar un resquicio por donde introducirse entre los cuerpos de sus amigos y el de Linda.

—Nosotros la acompañaremos—remachó Canavan, empujando a Larson...

—¿Va usted a quedarse aquí muchos días?

—El tiempo que me deje mi padre. Creo que me gustará estar aquí.

Habían llegado al recinto y atravesaban el campo de instrucción. Mac, con todo el ingenio de su rápido cerebro irlandés, aprovechó la ocasión, apartando a Larson, cada vez más decidido a ponerse al lado de Linda.

—Larson se pasa el día con su horticultura, y el doctor Canavan tiene que atender a sus pacientes, pero yo estoy libre y le enseñaré lo más interesante: la biblioteca... el museo de arte, y podríamos ir a nado a mi isla.

—Quisiera que viera mis orquídeas, señorita Hartley—apuntó Larson.

—No me das mucho que hacer mis pacientes — defendióse el médico—. Sólo tengo dos. Un par de ratas... Una está muy enferma.

—¿Pues qué les pasa?—preguntó la joven con curiosidad. Larson y Mac perdían rápidamente terreno. Pero el último no se amilanó:

—Que se siente muy sola... igual que yo.

—Bien, hemos llegado, señorita — anunció Canavan—. Aquí es donde vive su papá.

Linda les agradeció sus molestias y desde las escaleras les envió una mirada tan radiante, que les dejó turbados. Permanecieron unos momentos sin moverse, como deslumbrados, y al salir de su maravilla, Mac y Larson empujaron a Canavan, haciéndole caer en el suelo, huyendo rápidamente de su furor.

Hartley estaba aún haciendo pruebas con sus ojos, cuando oyó unas ágiles pisadas en el porche de la casa. Giró sobre sí mismo lentamente y le costó mucho acomodar su vista a la distancia. En realidad, sólo logró conocer al recién llegado al estar éste a pocos pasos de él. La imagen borrosa se concretó y entonces abrió sus brazos.

—¿Linda!—gritó con incredulidad.

—Sí... ¡Oh, papá!—exclamó ella.

—¿Cómo has podido?... ¿Cuándo...? No podía dar crédito a mis ojos.

—Casi no me has conocido—protestó, aunque halagada.

—Eh... balbuceó su padre, acordándose de la predicción de Canavan—, es que has cambiado mucho. ¿Dónde están las pecas? ¿Y aquellas piernas tan delgadas y tus trenzas?

—Si llego a esperar más, me hubiese hecho vieja antes de verte. Después del terremoto de San Francisco, no esperé más.

—No puedes figurarte mi preocupación. Aun sabiendo que estabas bien, estuve a punto de ir a verte.

—Y ya me anticipé.

Hartley la dejó libre de su abrazo y trató de adoptar el tono de un padre severo. Su hija era una de las muchas maravillas que estaba condenado a ir perdiendo. Ocultó su desesperación en aquel esfuerzo para reprochar lo que agradecía con todas las fuerzas de su alma. Su hija dio una vuelta sobre sí, permitiendo ser admirada, por lo que su tono no fué muy convincente al decir:

—¿Por qué no me escribiste que venías?

—No quise arriesgarme... por si me decías que no. ¿Estás contento de que haya venido?

Hartley volvió a abrir los brazos y a estrecharla con renovado ímpetu, cerrando sobre su cabeza sus agnizantes ojos:

—¿Contento?... No deseaba otra cosa en el mundo más que verte de nuevo.

En la casa del capitán Manning ocurría una escena similar a la anteriormente descrita. Su esposa desahocaba las maletas con rapidet, charlando animadamente sobre sus planes para el futuro:

—Tengo preparada una casita preciosa en Manila, junto a la Luneta... ¡Oh, querido! ¿Es posible que te sientas tan feliz como yo?

Había llegado el temido momento. No permitiría que su mujer siguiera en el engaño, por fácil que fuera. Era duro, pero más duro sería callar. Cogió sus hombros entre sus manos y la apretó,

queriendo comunicarle algo de su firmeza:

—Tendremos que cambiar nuestros planes.

La prenda que sostenía su esposa revoloteó hasta el suelo e inconscientemente ella se acercó a él, buscando protección.

—No me dirás que han vuelto a su poder tu permiso.

—No hay permisos. Quedo destinado aquí indefinidamente.

—Pero, ¿si estaba concedido?

—La siento, Mabel. No hay más remedio. El coronel ha muerto... el coronel Hatch. No le conocías. Y el mundo recae en mí.

—Bueno... era un encanto de casa, pero... ya nos arreglaremos con ésta. ¡Oh, Jorge!—protestó.

Manning sacudía la cabeza negativamente, con una decisión capaz de defraudar a los ánimos más enteros. Aparentemente la protesta de su esposa no le enterneció. Pero fué hasta la ventana y simuló contemplar el exterior, mientras se hacía fuerte para enfrentarse con el llanto de su esposa.

El capitán Hartley se debatía, asimismo, en las garras de un problema sentimental semejante al de su colega. Linda hablaba sin descanso, sentada a su lado, haciendo proyectos para lo venidero: estaba el silencioso, a pensar de que su curtido corazón de soldado le echara en cara aquel silencio como una debilidad. Problemas y problemas. ¿Qué derecho tenían a interponerse entre sus sentimientos y el deber? Casi maldijo la inesperada llegada de Linda en aquellos azarosos días.

Gracias a la impasibilidad de su faz

su hija no se percató de la pugna de sus ideas. Se acercó más a él y le miró fijamente para convencerle:

—Todo el camino he estado pensando en lo maravilloso que sería presentarse así, como si viniera de la calle de al lado.

De súbito, Linda vió la cicatriz de su frente y preguntó con alarma:

—Papá... ¿qué te ha pasado?

Los dedos del capitán apretaron suavemente los de su hija, quitando importancia al descubrimiento:

—¡Oh, me lo hice hace un año!... pero ya está curado... Verás cómo nos divertiremos. Lo pasaremos muy bien. El barco permanece aquí cuatro días enteros.

—¿Cuatro días?—murmuró Linda, ante la aquilatar al interno sentido de la noticia— ¡Oh, no! Esta vez no me echas tan fácilmente... He venido a quedarme.

Hartley meneó la cabeza y Linda recordó aquel gesto como señal de una obstinación invencible.

—Linda, lo siento mucho, pero ahora eso es imposible. Quisiera tenerte a mi lado, pero escógiate el peor momento... No podré ocuparme de ti. Estarías siempre sola—agregó como argumento definitivo.

—Sola he estado siempre.

—Ya lo sé.

Y pudiera haber añadido que igual le pasaba a él, y entonces más que nunca, puesto que empezaba a encontrarse invadido y con un miedo tan terrible como el de los isleños, con un miedo calificado por Canavan como enfermedad. Y comprendía que el médico tenía razón.

CAPITULO V

LA FIESTA

Manning y Hartley aprovecharon la oportunidad que se les presentaba, gracias a la permanencia del barco en Maisang durante cuatro días y que la mayoría de sus pasajeros habían desembarcado, para dar una fiesta, que borrara en parte la tristeza de su esposa y de su hija, respectivamente. El círculo de los oficiales, cerrado desde la partida de las tropas americanas, fué nuevamente abierto y adornado como en sus mejores tiempos. Todo auguraba que la fiesta había de ser un éxito.

Todo o todos lo prometían, excepto una persona: Datu. Aquella misma mañana había costado la isla en un prao en compañía del jeramentado que tenía que sellar con sangre el descuido de los americanos. En la playa cercana a Maisang abordaron y Datu, sin decir una palabra, entregó al guerrero un alfanje y una caja con mercancías, enseñándole a esconder el arma debajo de ella. Luego le dejó entrar por la población hasta la noche.

Ni las cantas melodiosas de una islaña, ni la abigarrada escena representada por los curiosos que rodeaban el círculo, ni la suave música y el murmullo de las conversaciones, podían hacer desaparecer de la mente de Mabel Manning la idea de que tres días después abandonaría a

su esposo tal vez para siempre. Adivinó éste sus pensamientos y cogiéndola de una mano la obligó a ponerse en pie y a bailar.

Vamos... Anímate... la fiesta es en vuestro honor.

—Lo siento... —se excusó—. Intentaba acostumbrarme a la idea de marcharme sin ti.

—Vamos a beber algo—le propuso.

Pasaron ante Linda, Mac y Canavan, y los ausciaron. Ninguno de los dos oficiales se desazonaba por la competencia mutua y aturdimiento a la joven con su incessante conversación; aturdimiento grato a juzgar por la alegre risa que continuamente fluía de sus labios. Más allá, junto a otra ventana, abierta a la noche, Hartley conversaba con el padre Felipe, a cuya comprensiva mirada no escapaba nada. La calurosa atmósfera no invitaba a bailar y las personas pasaban la velada en el bar o en la veranda.

—Y la rata que comía arroz sin cáscara, murió esta noche—concluyó conponiendo Canavan—, de beriberi.

—En mi isla no hay heribers, ni ratas, ni ratones... ni doctores. Debería usted verla como ya la vi, brillando bajo el sol... una perla sobre una turquesa —anunció poéticamente Mac.

—Un furúnculo en el Pacífico— susurró Canavan al oído de la joven.

Ninguno de los dos podía quedarse solo con ella. Linda no daba importancia a las galanterías ni a las evidentes pruebas de amor de que era objeto. Suponía que era lo corriente en los jóvenes que la rodeaban, alejados de la civilización. Por si fueran poco dos admiradores, inesperadamente apareció al otro lado de la ventana Larson, haciendo contrastar su uniforme de diario con las blancas chaquetas de los invitados a la fiesta. Llevaba en la mano una gigantesca orquídea, de curiosa forma, y se la ofreció a Linda, temblando y tartamudeando como un colegial.

—Perdóneme, señorita Hartley. Como estoy de guardia no podré quedarme a bailar esta noche y pensé que... que... ¿tenga?—y le alargó, aterrorado, la flor.

—Gracias, teniente. Es preciosa. Es la primera vez que veo una orquídea como ésta.

Canavan pensó que se había equivocado y citó un nombre equivocado, circunstancia que aprovechó Larson para corregirle, muy ufano. Era un nombre enormemente largo y complicado.

—No se asuste—dijo con aire inocente Mac—. Es sólo una orquídea.

—¿Se la pondrá usted?—preguntó tímidamente Larson.

—Con mucho gusto.

Asimismo aceptó el alfiler que por previsión había llevado el teniente Larson, que confuso hasta el colmo y ruborizado, tartajó:

—Estoy cultivando... una orquídea nueva... orquídea blanca. Buena... Qui... quisiera darle su nombre... Orchidícea Linda... si... si usted no se opone.

Se animó al recibir el permiso de Linda.

—Gracias... Ahora tengo que irme a... ¡que se diviertan!

El supuesto vendedor estaba entre los curiosos, aguardando la señal de Datu, que no se apartaba de la veranda en espera de una ocasión propicia. Datu sintió que se le quitaba un peso de encima al desaparecer Larson.

Canavan había vuelto al ataque y Mac apenas le prestaba atención, a lo que supuso el médico, pero una frase suya le percató de que su amigo no dormía.

—Linda... Significa hermosa en español—había dicho el médico, y Mac sufrió otro ataque de lirismo.

—Linda... Así llamaré a mi isla... Míre—dijo, dándole la espalda—; está enfrente, a diez millas, con una playa que parece hecha con plumas de cisne, las nubes son como copes de nieve, las aves cantan y el corazón canta con ellas. El mar acaricia los pies... Bueno, eso es molesto si se tienen coquillas y... ¡Oh! ¡Ah, ya!

Estas exclamaciones se debían a haber descubierto que Linda y el médico ballaban en aquel instante, despreciando un trago de la más pura poesía irlandesa. Se encogió de hombros y se consoló vaciando de un trago el vaso que tenía en la mano. ¡Ya se las pagarían! No les iba a dejar en paz; y se levantó en busca de una pareja.

Linda advirtió que, en cuanto estuvieron solos, un sutil cambio se operaba en Canavan, y que éste no era el mismo. Se hacía más hondo y en verdadera naturaleza brotaba en él. Era un Canavan más viril, decidido y torpón, a la vez, el que se le presentaba, y no podía negar que emanaba una rara seducción. Ella fué la primera en romper el silencio:

—¿Qué tiempo lleva en el ejército?

—Tres años. Pienso licenciarme el año próximo e instalarme en América.

—No me licenciaria si fuese militar—fué la sorprendente respuesta de Linda. Canavan la estudió y vid que no hablaba por hablar.

—¿Le gusta el ejército?

—Es la carrera más hermosa del mundo. Cuando yo tenía seis años, mi ambición era ser sargento de la compañía de mi padre.

—¿Curiosa ambición para una niña!

—No veo por qué. Jamás fui tan feliz como cuando vivíamos en la Academia Militar. Los niños juegan con soldaditos de juguete... Yo los tenía de verdad.

—Mis antepasados militares demostraron grandes aptitudes para dejarse matar—proclamó una vez junto a ellos.

Era el inevitable Mac, parado con su pareja y dispuesto a entrar en acción, costara lo que costase. Y logró ser tenido en cuenta hasta que Canavan se apartó de él, siguiendo la interrumpida danza.

Manning salió de la sala del baile y buscó a alguien con la mirada; sus ojos se encontraron con los de Datu, el cual, apoyado en la barandilla, hizo una ligera reverencia. El capitán fué hasta él con las manos en los bolsillos.

—Datu, quisiera que me hicieras un favor. Mi mujer va a volver a Manila y quisiera hacerle un buen regalo. Tú comercias en perlas y he pensado...

—Podré conseguir perlas—le interrumpió con ansiedad el malayo—pero después de que se mariche el barco.

El capitán esbozó un gesto de contradicción.

—Es lástima... hubiera querido...

Datu recorrió a los infantes con la vista y lanzó una exclamación de fingida sur-

presa. Luego señaló con su mano retirada como un sargiento:

—Hay un vendedor ahí fuera con mantones y encajes. Tal vez tenga algo que a tu esposa le guste.

Manning mordió el anseño.

—¡Oh, gracias, Datu!... ¡Datu!... ¡llamó, bajando las escaleras.

El malayo acudió con una cautela que hubiera extrañado al capitán en otro sitio. La tendió la bandeja repleta de mantones y el capitán empezó a revolver la mercancía. Datu y el juramentado cambiaron una mirada de complicidad. Mabel Manning había salido a la veranda y contemplaba las manipulaciones de su esposo con una mirada de cariño.

El juramentado fué retirando paulatinamente su mano armada de la parte inferior de la caja y, cuando la hoja del sifonaje relució a la luz como un rayo, el grito de Mabel fué tardío. El capitán, herido en el cuello, rodó como una masa inerte. El alarido de su esposa heló la sangre en las venas de los bailarines y poco en acción a Canavan, que saltó por una ventana, y a Mac, que se precipitó por las escaleras. Era, sin embargo, tarde. Sólo pudieron sujetar al juramentado, que repetía enajenado la fórmula de su religión, debatiéndose por escapar. Pero un disparo hecho desde la veranda puso fin a su especie de canto triunfal. El revólver de Datu había rematado su traición.

Hartley echó al mantón de Manila sobre el cadáver de su amigo. Era lo único que sabía hacer. Pero Linda vió cómo Canavan acudía a la señora Manning y la estrechaba contra sí, como queriéndola proteger contra la amargura de su soledad y prestándole el calor del apoyo que necesitaba...

...

Linda había estado observando desde la veranda las manipulaciones y los cuidados que Canavan prodigaba a la señora Manning. Administró a la infortunada viuda un soporífero y permaneció a su lado hasta que cerró los ojos para descansar. Al dejar la botellita sobre el tocador, guardó el retrato del difunto capitán Manning en un cajón del mismo. Y Linda comprendió perfectamente, y le agradeció íntimamente, aquel acto de delicadeza.

Quizás fuera por ese magnífico detalle de Canavan por lo que ella esperaba a que el médico se reuniera con ella en la veranda. Salíó el médico haciendo un cigarrillo con hábiles dedos. Todo en él era habilidad, pensó Linda. No se percató Canavan de su presencia hasta pasados unos momentos y cuando se dirigió a ella, lo hizo desde unos metros de distancia y un tanto forzosamente:

—Más vale que se vaya a descansar.

—¿No puedo yo hacer algo?

Canavan le lanzó una rápida ojeada y acortó la distancia.

—Ahora está bien. Necesitará cuidados cuando vuelva en sí. Y yo estaré cerca.

Hubo una pausa, que a ella se le antojó prolongada. Linda ocultó sus manos tras de su espalda para que no sorprendiera su crispación. El asesinato del capitán había sido tan rápido que no le había dado tiempo para percibir su importancia hasta aquel minuto. No era la

primera vez que presenciaba una muerte violenta, pero sí de una muerte tan cruel, hiriendo a una persona conocida. Sus labios temblaron y se encará con el teniente médico, procurando adivinar sus pensamientos. ¡Acaso fuera aquella la fortuna que estaba reservada para su padre y para todos los oficiales del puesto...? No logró dominar un sollozo entrecortado que la sacudió.

—¿Era tan feliz cuando la conocí a bordo?... exclamó, refiriéndose a la pobre viuda—. No hablaba más que de su marido y de cómo volverían juntos a Manila. Se consumía de impaciencia por llegar y...

—¿Qué le trujo a usted aquí?—stujó Canavan, aplicando la llama de una cerilla a su cigarrillo.

La faz de Linda se ensombreció un poco más y Canavan se aproximó tanto, que hubiera sido un juego de niños acariciarle la frente sin ningún esfuerzo. Sus labios se apretaron y el curioso resplandor de sus ojos lació al escuchar su entrecortada narración.

—Un terremoto... El de San Francisco... Fue horrible. Por todas partes se oían ayes, pidiendo auxilio. Todos, vivos y moribundos, llamaban a alguien. Y, de pronto, me di cuenta de que yo hacía igual... llamaba a mi padre. No le veía hacía años; estaba a miles de millas. Y, sin embargo, le llamé para que me ayudase... Es curioso, ¿verdad?

Canavan volvió su rostro hacia el poblado y la profunda selva antes de contestar, lo cual hizo lentamente, con cariño, vertiendo el bálsamo de su experiencia sobre el alma lacerada de Linda, la cual, de súbito, se encontró moralmente unida a él e incapaz de alejarse del puesto, costara lo que costase. El cigarrillo

del médico se apagó entre sus dedos, mientras contestaba pesadamente:

—No; siempre necesitamos llamar a alguien en los momentos difíciles... Asistiendo a un moribundo se nsta y hasta llega a inventarlo cuando no tiene a nadie... Cuando vos encontramos en un apuro, haremos lo mismo... Yo solía hacer lo mismo jugando con mi hermanita...

La señora Manning rebulló inquieta en el lecho y la criada se acercó a la cama. Las manos de la dormida pugnaban por asir algo que flotaba en el aire de la alcoba, algo que debía serle muy caro, a juzgar por el empuño que delataba sus contorsiones.

—¡Jorge!—dijo, con un grito entrecortado, en que iban mezclados su dolor y la alegría de recobrar algún día su amor desaparecido.

Inmediatamente Canavan se apartó de Linda y entró en la casa. Linda, como en sueños, tornó a admitir sus cuidados, y un sentimiento inefable, una paz, que podía ser desasosiego al partir de Malsang, le hizo entender con claridad meridiana que el amor la ataba a la isla. No un amor que resistiera una espera de cuatro años, como el de su padre, sino una pasión que pedía continua satisfacción... Y no se rebució al confesárselo.

CAPITULO VI

LA MEDICINA CONTRA EL MIEDO

La bandera del gueto de Maisang volvió a ser puesta a media asta el día siguiente, con todos los honores militares, y, a pesar de la honrosa significación del acto, muchos se preguntaron hasta cuándo estaría suspendida sobre sus cabesas la amenaza de una muerte imprevista. Los soldados y los habitantes de la población empezaron a dar inequívocas muestras de miedo y de que perdían la confianza que hasta entonces tuvieron depositada en las autoridades del fuerte.

Hartley se hizo cargo del mando del mismo y no tardó en hacerse notar su actividad. Entendió que si no realizaba un hecho, una cosa, que manifestara prácticamente a los alarmados isleños que continuaba vigilando por ellos, todos los esfuerzos de su gobierno, todos los sacrificios, tanto del coronel y de Manning, como de él y de sus ayudantes, resultarían estériles. Por otra parte, una vez tomada una determinación, era preciso poner en vigor medidas de excepción, que opusieran un valladar a la audacia de los malayos de las montañas.

Así, pues, la misma mañana del spehlo del capitán Manning, reunió a los oficiales en el despacho de la comandancia y les comunicó sus propósitos, que, inmediatamente, pasaron a la cate-

goría de tajantes mandatos en su boca. No era Hartley hombre que se arredrara ante un obstáculo y estaba habituado a domeñar voluntades tan enérgicas como la del mismo Alipang. No era excesivamente inteligente, pero se sabía hacer obedecer, cualidad que, en aquellos momentos, era virtud.

Por consiguiente, hizo doblar la guardia y encargó a Larson que llevara a la prevención a cuantos malayos hubiera en el poblado. Mac se encargó de alzar una empalizada alrededor del fuerte, poniendo delante de ella toda el alambre y espino artificial que encontró a mano, en un abeto y cerrar de ojos. Al teniente Yaba se le dio la prohibición absoluta de que ninguna persona entrara en el fuerte sin un pase especial. Mac pidió permiso a Hartley para hacer de juramentado igual que un malayo, y se puso en su conocimiento que no se permitían expediciones de grupos ni de individuos solos, como había sido ordenado sucesivamente por sus dos jefes anteriores. Cannavan fué el único que se encontró a salvo del diluvio de órdenes dictadas por Hartley, pero no sin ocupación, pues los soldados se apuntaron a reconocimiento en una cantidad que hacía temer una epidemia. Y todos sufrían la enfermedad

cuyo diagnóstico había expuesto semanas antes a Manning y Hartley.

Depositó en la palma de la mano del padre Felipe, que le había ido a visitar, un amuleto, causa de su continua peregrinidad, diciéndole:

—El malayo que mató al capitán Manning llevaba éste al cuello.

Era una figurilla grotesca, con unas cerdas o pelos negros a umbos lodos. El padre Felipe se la devolvió, diciendo:

—Todos los malayos llevan anting-anting para que les proteja.

—¿Contra qué? Los malayos no temen a nada, ni siquiera a la muerte.

—Yo tampoco le temo a la muerte. Sin embargo, lleva un anting-anting también... y atavió con amor su crucifijo de misionero.— Es el símbolo de aquello en que uno tiene fe. Y, para el que cree firmemente, esa es la verdad.

Canavan dio unos pasos en dirección de la puerta y volvió sobre ellos, meditando la explicación del sacerdote. Hizo señas al padre y entró en la puerta de la enfermería, cuyas camas estaban ocupadas en su totalidad.

—Tiene usted razón. Eche una mirada aquí. Todos esos hombres creen en algo, en el miedo. Todos están enfermos de miedo.

Cerró la puerta mientras el padre Felipe recapacitaba, a su vez, su afirmación. Las frases que iba a pronunciar murieron en sus labios al entrar Hartley y al encararse con el doctor. Este se mordió los labios y aguantó el chaparrón que se le venía encima, con estoicismo primero, para, luego, protestar.

—Canavan... No pienso consentir que convierta usted este hospital en refugio de los que no quieren trabajar. Hay más

hombres aquí que afuera haciendo la instrucción... Acabarán viniendo todos. Echelos. Ninguno está enfermo.

—Sí que lo están... —replicó calmadamente Canavan, exponiendo su teoría favorita—. El malayo que asesinó al capitán Manning les ha herido a ellos también, pero no con un alfanje. Su enfermedad no puede curarla un médico.

—Se curarán cuando sepan manejar un fusil, cuando sepan hacer la instrucción.

—Lo que pasa es que se empeña en hacellos aprender y lo que necesitan es olvidar... ¿De qué sirve un fusil si el miedo les paraliza y no les permite apretar el gatillo?

Hartley dio la callada por respuesta, y Canavan tuvo que soportar en silencio las órdenes que el capitán daba al sargento de sanidad para que hiciera salir a los hombres, a los que, de paso, comunicó que se habían acabado todos los miedos.

El padre Felipe entendió el conflicto de Canavan entre su deber y su amor al prójimo. Hartley y él, pensó, eran iguales en cierto sentido: tomaban demasiado a pecho sus respectivos deberes. No obstante, calló; había vivido lo bastante para saber que únicamente la Providencia es la que se encarga de corregir los errores de los hombres y de darles una visión más amplia de las cosas. Aunque, en su fuero interno, se inclinaba en favor del médico que, como él, era un sacerdote en lo atañente a su profesión.

Saló el capitán Hartley y la indignación de Canavan estalló, desahogándose ante el sacerdote:

—Todo lo que sabe salió de un libro de ordenanzas. Le gusta tanto el unifor-

me, que nunca piensa en el que lo lleva puesto. Es como... razonarle a una pared.

El padre Felipe reflexionó unos instantes y preguntó a Canavan:

—¿Dijo usted que es un mal que la medicina no puede curar?

—Sí, pero ha de haber un remedio. ¿Si conociera el punto flaco del malayo y qué es lo que teme?... Debe haber algo...

—Sí que hay algo... —dijo inesperadamente el cura—. El malayo no tiene miedo a la muerte, pero le espanta que puedan enterrarlo en una piel de puerco.

—¿Cómo?

—Es ridículo, ¿verdad?... Pero no para el malayo. Cree que así va derecho al infierno.

Canavan fué hasta él y casi le abrazó, lo que de buena gana hubiera hecho de no contenerle el respeto. Sus manos apretaron la del sacerdote hasta hacerle daño, y su rostro estaba radiante como si le dominara una intensa alegría.

—Padre Felipe, lo conseguí... Ha conseguido anular el microbio. Una piel de puerco será la salvación de Maisang.

—El ejército me inspira más confianza—murmuró el sacerdote, pero Canavan no le oyó, por la sencilla razón de que ya no estaba en su presencia.

Rápidamente se encontró en su habitación. Destapó el cofre en donde guardaban sus armas con municiones él y sus amigos, y empezó a cediarse la pistola. Luego, cogió una carruchera repleta, pero fué interrumpido por unos pasos precipitados y unos gritos de rabia. Corrió hacia la veranda, orando mentalmente para que no aconteciera una nueva desgracia, y vió a Larson sujetando por un brazo a Miguel, que ponía todas sus ener-

gías en el empeño de soltarse. Canavan los separó y esperó a que su amigo le explicara el por qué de aquella pugna entre ambos.

—Tengo orden de detener a todos los malayos del poblado y... ¡Ven acá! —exclamó, persiguiendo a Miguel, que se refugió detrás de Canavan—. Hartley dice que los encierre.

—Pero, Miguel ha nacido en el poblado.

—Es un malayo.

—Bueno, déjalo conmigo, que yo lo encerraré.

Larson se marchó, no sin antes aconsejar a Canavan que comunicara a Hartley la libertad que se tomaba. El no quería meterse en líos. Entró de nuevo el médico en su habitación y sacó un rifle del cofre. Miguel, con honda expresión, no se apartaba un centímetro de él.

—Yo no voy encerrado. Yo... yo marchar selva.

—No hagas eso, Miguel; será muy expuesto.

—No expuesto para mí en la selva —grasó el muchacho.

—Tú conoces bien los caminos, ¿verdad? —dijo Canavan, agradeciendo al hado que le deparase aquel auxiliar—. Pues busca dos cantimploras y una cuerda y aguardame junto al puente.

—¿Vamos a la selva?—preguntó Miguel, con la salvaje alegría de un malayo que regresa a su lugar predilecto... ¡Llévame tu antiog-anting!

Canavan se echó a reír y dió un palmotazo a su hirió, remedio casi infalible, manejado con decisión, para sortear toda clase de peligros.

—Ya tengo antiog-anting. Anda a lo que te he dicho.

Y se internaron en la selva. Ya me-

diada la tarde, consideraron llegado el momento de descansar. Los abruptos montes de la isla estaban cubiertos de una maleza inextricable. Por doquier se veían troncos torcidos, hachas gruesas como el cuerpo de un hombre, extrañas plantas y ramas caídas que barraban el paso al andaz que se aventurara por aquellos parajes. No obstante, Canavan tuvo que felicitarse por llevar consigo a Miguel. El muchacho parecía ver senderos en donde él hubiera jurado que era imposible seguir adelante y, con un gran sentido innato de la orientación, proseguía avanzando incansablemente, colocado ante él. Los huíres lanzaban su siniestro grito, asociándose a apretar el paso. Sin embargo, Canavan decidió descansar, cuando...

Miguel se tiró con todo su peso contra él, haciéndole caer sobre un tronco en violenta posición, en que permaneció hasta recuperar su sangre fría.

—¿Qué pasa? — exclamó con alarma, al ver que el muchacho también se había arrojado hacia el lado opuesto con la rapidez de una ardilla.

Sin decir una palabra, el chiquillo cogió una rama y con ella levantó cautelosamente una especie de alfombra de hierba entrecujida. Canavan no la hubiera distinguido de la real, aunque en ello le hubiera ido la vida, como había estado a punto de suceder, pues la mencionada alfombra ocultaba una especie de paralelograma excavado en el suelo y cruzado por varias cuerdas. Canavan se puso también de rodillas y Miguel le reclinó a su sitio anterior.

—¿Qué es eso, Miguel? — preguntó sin comprender.

El palo del muchacho tocó una de las cuerdas y salieron cinco venablos

fuertemente disparados, que se clavaron en el tronco de un árbol por donde había de pasar forzosamente el enemigo. Siguiéronse adelante y, aunque ninguno de los dos comentó el incidente, se comprendieron a la perfección. El médico agradeció al malayo el haberle salvado la vida y éste la ocasión que había tenido de demostrarle su cariño y fidelidad.

—Trampa lanzas... — dijo pesado un rato Miguel, a modo de advertencia. Muchas en la selva.

Era noche cerrada cuando llegaron a la cumbre de un risco desde donde se divisaba el campamento de Alipang. El hombre y el muchacho se arrastraron sobre el vientre, disfrañando sus cabezas entre las rocas.

—Campamento de Alipang — anunció Miguel.

Así lo había supuesto Canavan al presenciar la escena que se desarrollaba a sus pies. Unos doscientos hombres asistían a una ceremonia de indudable carácter religioso, haciendo las genuflexiones y postrando su frente en el suelo, según lo prescribían los versículos del Korán que un matabut recitaba en alta voz. Un hoguera gigantesca iluminaba al director de la ceremonia, así como a Alipang, erguido y hierático, y a dos o tres de sus lugartenientes, en tanto que un hombre, envuelto en dos pedácos de blanca tela de algodón, estaba situado en primer término. Las pupilas de Canavan se dirigieron hacia este personaje con insistencia.

—¿Qué están haciendo?

—Preparan a un juramentado para que mate — susurró el muchacho.

Alipang entregó al juramentado un sinuoso kris que brilló sombríamente al

recibir el reflejo de las llamas de la hoguera. Luego, volvió a su sitio, esperando que el marabut diera fin a la oración.

—¡Allah akbar! — gritó el juramentado como un poseído.

—¡Allah akbar! — respondieron los demás.

Miguel, confundido entre los guerreros de Alipang, escuchó atentamente la arenga que éste dirigió al juramentado para animarle, en medio del profundo silencio de sus compañeros. La escena tenía una majestad espantosa que hizo estremecer al doctor, el cual sintió de pronto una sacudida en la cuerda que había servido a Miguel para bajar, y estiró de ella.

Un malayo sorprendió a Miguel cuando trepaba e hizo una señal a dos de sus coñrados. La ceremonia se podía dar por terminada, pues el iniciado se había quitado la tela de algodón que le envolvía y bajaba corriendo de la especie de túmulo, en donde había estado durante la oración, corriendo en dirección de Malsang, apretando decidido el puño del arma blanca.

—Alipang manda juramentado matar Hartley — dijo apresuradamente Miguel a Canavan, que recogía la cuerda y echaba a andar mientras lo hacía.

—Coge las cantimploras.

Y poco después corrían por la selva, dispuestos a cortar el paso al asesino.

Habían salvado unas dos millas y estaban cerca de un puente, hecho con frágiles cañas y cuerdas, tendido sobre un abismo muy profundo, y se escondieron tras de un macizo de árboles. El puente era el camino obligado del juramentado. Era el único que podía llevarle a la población. En efecto, no se equivocaban.

Se escuchó un rumor de piedras desprendidas por plantas humanas y, algo después, el jadeo de una persona apresurada.

El juramentado pasó ante ellos como una exhalación. Canavan ató una de las cantimploras al extremo de una cuerda rápidamente e hizo girar el curioso proyectil sobre su cabeza antes de arrojárselo. La cuerda se enroscó en torno del cuerpo del juramentado y la cantimplora golpeó su rostro, aturdiéndole. No obstante, se recuperó y siguió su carrera hacia el puente. Canavan recogió el kris del suelo y mandó al muchacho:

—Cógelo, Miguel.

Esto no se lo hizo repetir y alcanzó a su enemigo al otro lado del puente. Luchó y logró dominarle, animando a Canavan para que acudiese en su auxilio. Pero éste había descubierto a los tres malayos que iban en su busca y dedicaba a ellos su atención. Tuvo que volver sobre sus pasos para recobrar su rifle y saltó al puente, que se bamboleó peligrosamente. Los malayos ya estaban a unos tres metros de él. Apoyó el rifle en su antebrazo y apuntó a una de las cuerdas que sujetaban las cañas. Rugió la detonación y tuvo el tiempo justo para asirse de la cuerda que servía de barandilla; el suelo del puente, perdido uno de sus soportes, se desmenuzó y unos aullidos turbaron la soledad de la selva. Los tres malayos se desplomaron al fondo del abismo. Canavan ya podía asistir al valeroso Miguel.

Ya habían transcurrido los cuatro días de la estancia de la señora Manning y de Linda en Malasing. Aquella tarde zarpaba el barco de regreso a Manila y ambas se alejarían para siempre de la isla, a la que tanto recuerdos las iban a unir. La señora Manning hacía sus maletas con los ojos secos ya, pero descubriendo una fiera interior peligrosa. Linda había insistido en estar con ella y escuchaba sus consejos.

—¡Era una casa tan bonita! Cerca de la Luneta. —Tragó con dificultad para deshacer el nudo de su garganta—. Linda..., si alguna vez te enamoras de un hombre, no te separas de él ni un minuto siquiera. —Cerró la última maleta. —Bueno, creo que ya está todo. Ahora más vale que vayas a hacer el equipaje.

Dos cosas no habían pasado inadvertidas a Linda: el consejo final de la viuda y su gesto al encerrar entre sus ropas el retrato de su esposo. Ambas la obsesionaron mientras se dirigía a la casa de su padre, cruzando el patio de instrucción. Comprendía que algo en ella había cambiado de una manera profunda y que ya no volvería a ser la misma. Era lo suficientemente sincera consigo misma para no confesarse que lo menos que ansiaba en el mundo era partir de Malasing, porque estaba enamorada de Canavan. Y su padre... No, no lo abandonaría; seguiría el consejo de la señora Manning, aunque tuviera que arrostrar todos los obstáculos imaginables.

El capitán Hartley entró en la habitación de su hija para despedirse de ella. El equipaje de la muchacha estaba esparcido por los muebles y las maletas abiertas permitían ver que estaban semivacias. Linda colocó el vestido que su-

jetaba en la cama y se enfrentó con él, reuniendo sus energías para la batalla que tenía que librar.

—Linda... —dijo sorprendido Hartley desde el umbral—. Aun no has hecho el equipaje...

La contestación de ella le desconcertó y la observó con fijera.

—¿Hay noticias del doctor Canavan?

—No... Linda, no creas que me gusta hacerte matchar así...

—¿Qué crees que puede haberle ocurrido, papá?

—No lo sé...—respondió preocupado, pero se rehizo—. No dejes de telegrafiar-me en cuanto llegues. Puedes mandar el telegrama a Manila, que ya me lo reexpedirán desde allí, ¿sabes?

Linda apenas le prestaba atención. Todo se le antojaba una sueño, una pesadilla, en que había un empeño en apartarla de su felicidad. Se llegó hasta su padre y le miró de hito en hito.

—¿Es que no piensas mandar unos hombres en su busca?

Hartley se sintió herido en lo más vivo. Desde hacía un día y medio se estaba preguntando la conveniencia de hacer lo que le suplicaba su hija más con el gesto que con la voz. Y no deseaba ser franco consigo mismo, porque sabía el alcance auténtico, el sentimiento que impulsaba a Linda al suplicarle. Y él no la podía admitir en aquellos días.

—¿Para qué?—replicó con aspereza—. Cuando un hombre desobedece una orden, no...

—Pero él no es un combatiente... Puede que no supiera que esa orden le alcanzaba. Tienes que hacer algo.

—¡Te repito que no piensas arriesgar más vidas buscando a un loco que se ha insubordinado!



—Reclutar ahora al ejército de allí es un suicidio.



—Bueno, Miguel. Pueden herirme al esqueleto al guerra.



El guacero enviado por Aliphan.



Camacho, Mú y Carroa dispartan.



Afrique habile guido quella regina.



Quello attente una regina Musa: per ciò che ne.



Tuante Yabo, per me hanno la struttura del letto?



Se Nana King. Dicono molto bello. Se uno era.



—¿Tienen muchos igual?



—sí, pero a la hora...



—¿Se alivian, cuando, la foto?



—el medio del punto es' decisivo...



Las tres niñas se desplazan al fondo del abismo.



—Fao y hacer agotar al barco.



—Ahora voy a ver quién es de mí.



Reunión mágica y Fao que llega al momento de la despedida.



—Lá, lá, lá, comido de casa um desconfiado de terra.



—Quê ajuda?



—Que aroidei por a fazer quando ajuda?



—Re he nado mizabie que pinto com di.



Los javes de una población.



Miguel, Miguel, qué ha sido de Luis?



El jefe de la población.



El jefe de la población.



—Suaíria e os seus a la sua casa.



—Um dos produtos da floresta de diamante.



—(A) e (B) e (C) e (D) e (E).



—Um dos produtos da floresta de diamante.



—(Tráigame más municipales)



Las mujeres acaban a una refinería de azúcar.



Entre los señores de la ciudad y la ciudad.



El río de la ciudad y la ciudad.

—¡No hay tal cosa! —repuso Linda más y más obstinada—. Tú no le conoces, papá... Dondequiera que esté, estará haciendo un favor a alguien. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo cuando el mejor hombre que... uno de tus mejores hombres...?

—¿Por qué sientes tanto interés por Canavan de repente?

El escrutinio a que la sometían los ojos de su padre la hizo ruborizar. Se había delatado. Esquivó su mirada y se apartó ligeramente de él.

—No es por él... Sentiría el mismo interés por cualquier otro.

—Termina tu equipaje. Vas a hacer esperar el barco.

Con estas palabras le dió la espalda y se alejó de aquel nuevo conflicto, que se sumaba a los ya casi insuperables para un hombre en sus condiciones.

Larson y Mac se alejaron de la tropa, a la que habían concedido un ligero descanso, y se fueron hacia su casa. Larson creía que iban a tomar una cerveza, que buena falta le hacía. Pero la preocupación que sentía por la ausencia de Canavan era más poderosa que su voluntad de no mencionarlo, como habían convenido tácitamente ambos. Al pisar las escaleras no pudo contenerse por más tiempo y exclamó con acento preocupado:

—Yabo dice que si volvemos a ver al doctor será metido en una fosa hasta el cuello, con la cabeza untada de miel y comida de hormigas. Oye, ¿qué estás haciendo? Mac, no puedes hacer eso. Hartley ha dado órdenes severísimas. Nadie que esté en sus cabales...

La alarma del teniente era justificada. Mientras que estuvo charlando, Mac abrió el cofre de las armas y se citó la

pistolera, sacó un rifle y bebió un trago de cerveza.

—¿Y quién te ha dicho que yo estoy en mis cabales? —gritó, dirigiéndose hacia la puerta—. Me ha trastornado el sol.

Por fortuna, el destino acudió en ayuda de Hartley y la disciplina quedó incólume. Los habitantes del poblado gritaban algo, que sonaba a espanto y admiración. Los dos tenientes salieron corriendo y olvidando su discusión anterior.

La entrada de Canavan y de Miguel en Maisang fue triunfal. Llevaba el primero ante sí el juramentado, con los brazos fuertemente ligados a la espalda, anudando la cuerda con la mano derecha, y con el rifle suspendido de la mano izquierda; Miguel reventaba de orgullo y empuñaba como un héroe el kris del asesino. Los dos aventureros caminaban sin mirar a ninguna parte y pronto entraron en el pueblo, seguidos de una multitud medrosa, que tuvo que ser detenida por el centinela.

Mac y Larson volaron hasta su amigo y se precipitaron contra él, apabullándole a puros abrazos e insultándole con pintorescas exclamaciones. Linda también se sintió atraída por el vocerío y le vio pasar, dominándose para no correr hacia él.

—¡Oye, pedazo de bruto! —aulló entusiasmado Mac—. Si te cogen, te habrán metido en un hormiguero con la cabeza untada de miel.

—¡O fuer en una trampa! —prosiguió incongruentemente Larson.

—¿Dónde has estado?

—¿Qué nos trae aquí?

—Un ejemplar de malayo juramentado—dijo Canavan humorísticamente.

Frenó la marcha de su apremado con un tirón de cuerda. Los soldados le rodearon con miedo, formando un círculo que iba engrosando, preparados para huir al primer indicio de peligro. El juramentado irguió los hombros y les desafió. El padre Felipe se mezcló entre los soldados y estudió sus rostros, sacando una penosa impresión de su valor. Canavan también le había observado, y gritó:

—¡Yabo! ¡La piel de cerdo!

El diminuto teniente se dirigió a la cocina. Miguel comprendió la suerte que esperaba al juramentado, que continuaba imparible debido a su desconocimiento del idioma de los blancos, y puso las pies en polvorosa. El padre Felipe felicitaba in mente a Canavan por su idea. Este arengó a los isleños:

—A ver, todos, venid aquí. Quiero hablar con vosotros. ¡Vamos, acercaos un poco más!—Una vez lo hubo logrado, hizo dar una vuelta al juramentado—. Esto es lo que teméis cuando los soldados americanos se marcharon; os asustasteis y debisteis alegraros... Esta es vuestra patria y si es vuestra patria debéis todos defenderla, pero en tanta temed a hombres como éste, no lo haréis. El cree que sólo servís para esclavos, y es porque obráis como esclavos. El miedo os ha hecho esclavos. ¡Fijaos en él! Si le abriéramos en canal, veríamos que sólo tiene un corazón, un estómago y unos diez metros de intestinos, ni más ni menos que vosotros. ¡Sabéis quién le ha hecho un hombre superior? ¡Vosotros, porque le tenéis un miedo cerval! Ahora vais a ver quién os da miedo.

Yabo se presentó con el pellejo de un cerdo y lo arrojó a los pies del juramentado, que retrocedió de un salto. Otro

espectador, Datu, refrenó un ademán de prohibición. Canavan dijo a Yabo que le enseñara que le iban a enterar en la piel de puerco y, a renglón seguido, Larson y Mac se adelantaron a poner en práctica la amenaza de su amigo. El malayo luchó con vigor, pero pronto estuvo de rodillas y a escasos centímetros del contacto odiado. Todo su valor se esfumó como por ensalmo y las lágrimas fluyeron a raudales, gimiendo como si le aspasen. Canavan permitió que se lamentase durante unos minutos, para que en los sencillos cerebros de los isleños entrara la comprensión. El padre Felipe y él observaron que la expresión de los soldados cambiaba sucesivamente, del espanto a la incredulidad, al desprecio, a la burla, a la risa declarada, que se les contagió y estalló estentórea.

—Oídle florisquear —dijo entonces Canavan—: ¡Es posible que temáis a este hombre?

Las filas se abrieron, dando paso a Hartley, y los soldados retrocedieron. Secamente mandó a Larson que llevara al juramentado a la provención, y al teniente Yabo—que tuvo algún trabajo en apartar a sus hombres del maniquí que simulaba a Alipang, al que acometían a bayonetas— que recordara la instrucción. Por último, habló a Canavan:

—Y usted... ¡venga a mi despacho!

Así lo hizo Canavan, seguido del padre Felipe.

Si Canavan soñó por un momento recibir plácemes por su captura y su estrategia subsiguiente, pronto se desengañó. Hartley ocupó su silla y le contempló con hostilidad:

—¿Usted sabía que estaba prohibido internarse en la selva.

Canavan creyó que podía dar de lado

a la disciplina y se apoyó en la mesa, agitando su mano derecha, asentida por el sacerdote.

—Capitán, ponga esa piel en un mar- ca. Ha vacunado a esos hombres, los vacuné contra el miedo y creo que pten- derá la vacuna.

—Procurámbamos evitar todo encuentro con Alipang mientras la tropa no estu- viera lista—continuó diciendo, implaca- ble, Hartley—. Lo ha estropeado usted. Se metió en su campamento, capturó un prisionero. Los ha sublevado usted y ata- carán, seguramente.

Canavan meneó la cabeza; había des- cubierto...

—No me interesa lo que haya descu- bierto; no ha hecho más que estorbar desde el principio y ha desobedecido una orden. Ahora, avise; si desobedece en otra ocasión, quedará arrestado. Nada más.

—El juramentado venía con el propó- sito de matarle a usted—le dijo el sacer- dote al quedarse solos—. El doctor Ca- navan le salvó a usted la vida.

—Sí... lo sé—hubo de confesar, pero una gran preocupación le impidió decir más.

Mac estaba esperando al médico en el patio y le espetó al verle:

—La próxima vez que vayas a jugar a la selva, llévame contigo. Puedo serle útil. Sé encender fuego frotando dos ca- bezas de malayo y hasta soy capaz de cruzar un río en una bolsa de papel.

—Ahora es ya imposible. Sería des- obedecer órdenes—gruñó Canavan, pero se detuvo—. En seguida vuelvo, Mac.

Había visto a Linda en la veranda de su casa. Hacia ella se dirigió, rustin- yendo su furor anterior por un sentimien- to más dulce. Aceptó la mano que le

tenía y la retuvo entre las suyas. Se sentía más torpe que nunca.

—Se marcha hoy, ¿verdad? Bueno... por si no la ven más...—se interrumpió.

—Me preocupaba... no volver a tiempo para despedirme.

—Temíamos... que le hubiese ocurrido algo.

Canavan le besó con dulzura la mano y se alejó de ella a grandes pasos, mien- tras Linda se acariciaba la palma de la mano. La suerte estaba echada. Canavan, a pesar de su torpeza y de su silencio, había sido bastante explícito.

Mac había observado la despedida des- de su residencia y salió al encuentro de su amigo con la mano puesta en el pe- cho y los ojos en blanco.

—Yo no necesito tanto tiempo... Par- tir tan triste es... que el alma entera se me va a los pies. ¡Amada mía!

—¡Calla, majadero!—exclamó el doc- tor, arrojando las polainas contra el suelo.

Linda no esperó a que su padre fuera a buscarla. Salió a su encuentro y el ca- pitán arqueó las cejas extrañado al ver que llevaba el mismo vestido que aque- lla mañana.

—¿Has hecho ya el equipaje?

—No me marche.

Silencio. Cambiaron una mirada, de- safiadora la de ella; la de él, suplican- te y aguda. Luego, ¿no se había equi- vocado?

—¿Canavan?... Lo siento, pero insisto en que tomes el barco, Linda.

—Papá, lo siento... Yo me quedo aquí. Hubo algo en su voz que enmudeció a Hartley. Linda había ganado la partida.

Data compareció ante Alipang con en- contrados sentimientos. Le suponía ya al corriente de la captura de su juramen-

tado y rebotando ira, o, por lo menos, esperando que ésta estallase peligrosamente, como de costumbre. Se acercó a él, puta, con cautela y le expuso el cariz que presentaban los hechos.

—Hemos de cambiar nuestros proyectos. No vendrán nunca a buscarnos a la selva.

Alipang levantó la diestra con ademán que recomendaba calma y una mueca de astucia le contorsionó las facciones. Jamás Datu le había visto tan seguro de sí mismo y de sus fines.

—Sí, ya vendrán... aseguró con pleno convencimiento... Vendrán a la selva.

Los hombres que esperaban en los rincones se levantaron como si hubieran recibido un latigazo al oír su voz. Un murmullo de contento recorrió los grupos, de los cuales se fueron destacando algunos individuos, que desaparecieron fuera de la casa de juncos.

...

Al día siguiente, cuando Larson y Mac se paseaban por la población, vieron que los pobladores, y entre ellas el padre Felipe, se inclinaban sobre el río, lanzando una especie de maullidos en su lenguaje, que no era osado traducir como lamentaciones. Inclindronse, por consiguiente, hacia el río, apoyando el pecho en la barandilla del puente y no observaron nada anómalo, ya que no era un espectáculo inusitado ver a dos vacas abuyentando el calor gracias a un baño.

Se reiteraron las lamentaciones, que

atraían a más pobladores y a algunos soldados, y se declararon impotentes para comprender su sentido.

—Pero, ¿qué pasa?—preguntó Larson, inquieto. Se dirigió al centinela colocado en un extremo del parapeto de sacos terrosos, y le gritó: ¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Qué dice esta gente?

—Dicen nivel del río bajar medio metro en una hora.

—¡Oh!—fue la contestación de Larson y, simultáneamente, se levantó el sombrero de amplias alas y se rascó la coronilla.

—Lo habrá cambiado de cauce un desprendimiento de tierras—sugirió Mac, molesto por aquella contrariedad.

El padre Felipe y, poco después, el capitán Hartley, engrosaron la partida de los pesquisadores, que contemplaban perplejos el desesperante incidente. El sacerdote rechazó la opinión de Mac, como buen perito que era.

—Demasiado rápido para eso.

—A ver si es que se ha metido por debajo de tierra—rerongó Larson.

Pronto salieron de dudas, precisamente por la persona que más enterada podía estar del origen del fenómeno. Datu llegó corriendo y, sin pararse a tomar aliento, señaló el río y habló:

—Capitán, acabo de llegar de la montaña. He visto a muchos... malayos llevando bambúes, rocas... Alipang... ha puesto un dique en el río.

Los rostros se alargaron, presagiando funestos acontecimientos. Larson y Mac enderezaron los hombros, satisfechos: había llegado el deseado momento. Hartley advirtió su movimiento con contrariedad.

—Otra vez trata de atraernos a la selva, pero fracasará.

—Pero el río...—protestó el padre Felipe, que tan paciente se había mostrado siempre.

—No lo necesitamos. Usaremos el pozo antiguo... Y además, destilaremos agua del mar.

Consuelos bien precarios, barto lo advertía Hartley, para sanarles de su demoralización. Para huir de la muda acusación que emanaba de su aspecto, dió media vuelta y se refugió en el fuerte.

Canavan había insistido en que Linda se vacunase, dado que había de permanecer con ellos hasta acabar su tarea. No le costó mucho persuadirla para que lo hiciera, así como persuadirle de que tal era su objeto y no estar con ella a solas unos momentos.

Pero sorprendió la turbación de la joven en cuanto hubo entrado en su laboratorio y se enfrentó con los terribles instrumentos que le llenaban. La hizo sentar y buscó todos los útiles necesarios. Linda subióse la manga del vestido y pronto los hábiles dedos de Canavan frotaban su brazo con algodón empapado en desinfectante. El médico charlaba para distraerla.

—Un hombre llamado Krag inventó el fusil de repetición. Y otro llamado Jenner inventó la vacuna. Si estas cosas logran hacerse fuertes, ¿a quién darán las gracias?... ¡A Krag! Pero, ¿a quién lo deberán?

—¡Ay!—se lamentó débilmente Linda, al notar que la lanceta hacía tres rápidas incisiones en su brazo.

—¡A Jenner!...—prosiguió inmovible el médico, humedeciendo una barrita de vidrio con el suero—. Todos están alarmados por unos malayos, cuando hay a su alrededor billones de enemigos, regimientos de enfermedades... y contra

algunas de ellas está usted inmunizada.

Se frotó las manos con un trozo de algodón y recogió los utensilios. Linda bajó la manga del traje y se puso en pie.

—Gracias... Y también por salvar la vida de mi padre. Ya me he enterado.

Canavan borró con un gesto el agradecimiento y le hizo una sorprendente pregunta:

—¿Quiere usted decirme qué le pasa a su padre? ¿Qué es lo que teme?

—¿Temer?—repitió mecánicamente la joven, que jamás había dudado del valor paterno.

—Se está portando como un niño que ha obrado mal y tiene miedo de que se enteren sus padres. ¿Por qué no hace algo para evitar lo del...? ¿Por qué no?

Linda se irguió ligera, pero perceptiblemente, aceptando como ofensa el tono de ofensiva crítica que el médico empleaba para hablar de Hartley.

—Siempre que nombra usted a mi padre es para criticarle.

—Perdone—se excusó Canavan, comprendiendo que había ido demasiado lejos en su curiosidad.

No tuvieron tiempo de continuar tratando de un punto que tanto interesaba a Canavan, pues un tropel de hombres, al frente de los cuales iba el teniente Yabo, se detuvo en la puerta, pidiendo permiso para entrar. Canavan se olvidó de Linda, para encarársele con los recién llegados.

—Teniente Canavan—anunció Yabo hablando con su precisión característica,—cuando usted trajo al malayo prisionero, nos dijo que ésta era nuestra patria y que debemos protegerla. Teniente, estamos dispuestos.

Aquello era superior a lo que Canavan podía esperar. Ahora vencería a

Hartley con sus propias armas o sabría a qué atenerse con respecto a él. Avanzó hacia Yabo unos pasos, sin percatarse de su impulsivo movimiento.

—Dígame otra vez.

—Alipang ha desviado el río. El pueblo está asustado, no saben lo que hará Alipang después. Queremos luchar, temiendo; preferimos morir a vivir así.

—Pedimos que hable con capitán Hartley—asintió un soldado.

El ardor del médico subió de grado. Había logrado despertar el valor y el sentido de la virilidad a aquellos hombrucillos morenos, antes tan desvalidos, hasta que comprendieron lo que representa un hogar, la familia y la patria, en fin, hasta inbuirles la idea de que hay algo superior a los hombres por lo cual, si llega el caso, han de sacrificar sus vidas. ¿Qué enseñanzas para muchos!

—Capitán Hartley, ésta es la ocasión—exclamó al estar en su presencia—. Los muchachos ya no le tienen miedo a Alipang. Han reaccionado. Quieren ir a acabar con él de una vez.

Canavan había escogido un mal momento. Hartley había comprobado que su vista se debilitaba por momentos; su reacción no respondía a su voluntad y era necesario que estuviera enfocando las pupilas durante unos minutos sobre su interlocutor antes de percibirle con claridad.

—¿Ir adónde?

—A la selva, a buscarle.

—De eso, ni hablar.

Canavan intuyó que el malestar que en él habían originado estas palabras hallaba eco en los soldados. Era una torpeza inmensa la de Hartley: desaprovechar la ocasión, era un verdadero suicidio, pues pudiera ser que el impulso be-

licos de los soldados se extinguiera con una negativa tan rotunda como aquella. Hizo acapio de paciencia y se inclinó sobre el capitán, hablándole como a un niño asustado al que se quiere tranquilizar y hacer entrar por el camino de la razón.

—Capitán, escuche... Si estos muchachos han de vencer a Alipang, éste es el momento.

—Le venceremos quedándonos aquí... Yabo, lívenselos a hacer la instrucción.

No, Hartley no era un producto de las ordenanzas. Había un sentimiento superior que atría su terquedad. Canavan contuvo con un ademán a Yabo y a sus hombres. Esta impertinencia irritó al capitán hasta hacerle palpitár las sienes. Por lo visto, Canavan tenía más autoridad que él mismo. Se levantó de un salto.

—Aguarde!—decía el médico—. Escuche...

—¡Cumplan mi orden!—dijo Hartley golpeando la mesa con el puño.

Canavan sacudió la cabeza negativamente y por primera vez desde su trato con el capitán le invadió una exasperación casi igual a la de su interlocutor. No le arredraba perder su puesto ni nada; lo único interesante para bien de todos era que el capitán tuviera dos dedos de sentido común entre ceja y ceja y... él se lo daría. Mas este propósito le abandonó en cuanto empezó a hablar:

—No... Usted fué enviado aquí para enseñar a estos hombres a defenderse contra Alipang. Pues bien, ya han aprendido y, si usted no lo ve, es que está completamente ciego.

El golpe, dado a ciegas, tuvo una re-

percusión sorprendente. Hartley se puso lívido.

—¿Canavan!

—¿A qué aguarda usted? La pata hemos de darla nosotros; todo lo demás depende de esos muchachos—. Y los señalaba sin mirarlos—. Puesto que quieren que se les ponga a prueba, ¿por qué ha de interponerse usted en su camino?

—Olvida con quien habla.

—Luchan por su existencia y nada debe impedirles que lo hagan... y si se lo consienten a usted, es que son un puñado de estópidos.

La última frase de Canavan era un desafío a toda la disciplina. Hasta el mismo, aun cuando la ira le cegaba, lo comprendió y se calló de repente. Ya era tarde para hacer olvidar lo dicho. Se cuadró y esperó la sentencia del capitán, que no se hizo esperar.

—Canavan, queda arrestado por insubordinación. ¡Yábo!... Conduzcale a su pabellón.

Yábo obedeció con la natural mala gana de un hombre que ve fallidas todas sus esperanzas.

CAPITULO VII

EL COLERA

Después del altercado del día en que empezó a desecarse el río y del retiro a que estuvo reducido por orden de Hartley, es comprensible la sorpresa del médico al ver entrar en su laboratorio al capitán.

Pero es que habían ocurrido y estaban aconteciendo una serie de hechos en la población, que ensombrecían su hasta entonces risueño horizonte. A los dos días del arresto de Canavan, el río quedó seco por completo y la maleza comenzó a crecer en su cauce con la facilidad usual en los trópicos. En otras circunstancias, hubiera sido humedades tender la mirada por su rincón cunco y advertir que en donde anteriormente hubiera peces, correteaban gallinas en busca del sustento. Sin embargo, la alegría había desaparecido de todos los pechos. El agua destilada era difícil de obtener y la del pozo tenía un gusto desagradable y en ella se presentaban con facilidad los gusanos de la descomposición y las larvas de los mosquitos. Los soldados empezaban a desfallecer nuevamente y el número de enfermos se multiplicaba.

Estas eran las causas de la extraordinaria presencia del capitán Hartley en el laboratorio de Canavan, el cual, apenas levantó los ojos del microscopio en que los tenía fijos y se enteró de quién

era su visitante, siguió sus investigaciones, dándose por no enterado.

Pero Hartley era tan testarudo en la paz como en la guerra y no se desanimó por la fría acogida de que era objeto. Tocó el hombro de Canavan antes de hablar.

—Doctor, en el poblado hay unos enfermos que le necesitan.

—Que beban agua hervida. Deles sulfato de magnesia. Pueden que necesiten ejercicio — comentó sarcásticamente, haciendo girar la silla para poderle mirar cara a cara.

—Mejor es que vaya a examinarlos.

—Estoy arrestado.

—Me decida a suspender la orden de arresto.

—Y yo he decidido no moverme de aquí hasta que me vaya de Maisang—. Miró de nuevo por el microscopio, antes de agregar:— Lo siento.

—Si persiste en su actitud, me verá obligado a presentar un informe contra usted.

Canavan le miró con frialdad y luego dijo despectivamente:

—Bien, espero que conseguirá usted hacerme expulsar. Así me ahorraré tener que dimitir.

Pero toda la malevolencia de ambos hombres desapareció al oír que Yabo Il-

maba al médico. Ciertamente estaba apurado. Llevaba en brazos a un isleño completamente exánime. Canavan y Hartley salieron en un segundo al exterior.

—Enfermo... muy mal—dijo Yabo.

Canavan levantó en brazos, a su vez, al enfermo. Hartley había visto el gesto de su cara al estudiar los ojos del isleño. El médico cruzó el patio abrumado por el peso del paciente, en dirección de la enfermería.

—¿Qué tiene?—preguntó Hartley.

—¿Cólera!—fué la lacónica contestación del doctor. Con todo, el capitán notó que sus pies echaban raíces en el suelo.

¿Cólera! ¿En Muisang había aparecido el cólera! Terrible azote que diezmaba a los pueblos asiáticos y oceánicos, arruinando ciudades enteras, destruyendo familias con una implacable perfección que no admite punto de comparación con las que causan las máquinas de destrucción inventadas por los hombres o los elementos desencadenados.

Canavan se hizo inmediatamente cargo de la situación y dictó una serie de medidas, reforzadas por Hartley, con miras a atajar los progresos que hacía la epidemia. Alipang había apuntado certeramente y ahora le tocaba a él, como médico, restañar las heridas y cerrar las llagas. Ordenó que se fragara todos los rincones y lugares, por inverosímiles que parecieran, con desinfectante; que se prohibiese la venta de toda clase de frutas; que se escaldasen los cacharros y que no se sirviese ningún alimento sin cocer. La comida para los enfermos era hecha en cocina de campaña. Puso un centinela junto al pozo para impedir que alguien sacara agua de él. E, inmediatamente, hizo una lista de todo lo que

le faltaba, para que le fuese enviado desde Manila, y se la presentó a Hartley y... ¡éste intentó leerla al revés! En otro momento, este descubrimiento hubiera preocupado a Canavan, pero ahora tenía demasiado trabajo para ello.

—¿No le sería más fácil leerlo del derecho?—dijo, poniendo el papel en posición normal—. Hay algo que no está en la lista y que nos hace más falta que nada: agua.

—Tenemos el pozo...

—No sirve; está infectado. De ahí salió el cólera. Lo que necesitamos es tener agua corriente. Todo el poblado es un foco de infección. Tiene que mandar a alguien a la montaña a volar el dique con dinamita.

—Es la muerte segura para quien vaya—le replicó el capitán.

—Es la muerte de los que quedan si no hay agua.

—No saldrá nadie.

—Si no tenemos agua corriente, pronto no quedará rastro de Muisang.

El capitán Hartley cogió su atormentada cabeza entre sus manos, como para evitar que estallase. Canavan le hablaba como la vez de su conciencia. ¿Qué hacer, Dios mío! Por fortuna para él, entró corriendo Larson, que gritó al médico:

—Creo que debes venir. Están cayendo como morcas.

La escena era espantosa. Las personas muertas de sed, abrazadas por la fiebre y amarradas por el cólera, rodaban por el suelo como fulminadas. Los soldados, con unos guantes blancos calzados, se encargaban de recoger los cuerpos y de trasladarlos al hospital o al cementerio, según el dictamen de Canavan o de sus ayudantes. Sobre los cadáveres

se arrojan masas de cal viva... Pero era inútil, la epidemia aumentaba en proporciones espantosas; los mismos soldados caían muertos al transportar las parihuelas y los que les sobrevivían continuaban su labor como en sueños. Porque, en realidad, aquella era una horrible pesadilla.

El pozo fué cerrado y un centinela alejaba a todos los sedientos. Únicamente se bebía agua destilada del mar. Las frágiles choras y cunas de bambú y de hojarasca fueron desalojadas por orden del médico. Los microbios pululaban en ellas como hormigas en un hormiguero. Y con aquella medida se aumentó la tragedia hasta alcanzar una altura desgraciada. Muchos tratan que ser arrojados a pura fuerza y aun se quedaban mirando estúpidamente cómo las llamas lamían las paredes y reducían a cenizas sus pobres muebles.

Linda había estado una semana sin salir del pabellón de su padre, pero fué impotente para resistir por más tiempo la inacción y el deseo de hablar con Canavan. Hallóse discutiendo con unos accioneros cuyos muebles eran echados a una hoguera.

—¿Qué va a hacer con todas esas gentes que écha de su casa?

—¡Ahogarlas! ¿Cómo quiere que sepa lo que voy a hacer?—. Pero dándocen cuenta de que era Linda la que le hablaba, se enmendó.—: Perdón; ya buscaré una solución. Primero hay que quemar todo lo infectado... Pero, ¿qué hace usted aquí?

—¡Quiero ayudar!—suplicó, y Canavan no se contrarió.

Pronto estuvo Linda dirigiendo a unas soldadas y a otras personas civiles que disolvían cal en unos grandes recipientes.

Con aquella solución tenía que ir de casa en casa desinfectando los cuartos. Canavan no tuvo tiempo para estudiar los sentimientos que habían promovido la inesperada presencia de la joven, y se tuvo que contentar con confesarse que era muy dulce, pues el padre Felipe acudió apresuradamente a decirle que había más enfermos para el hospital. El buen sacerdote estaba demacrado y fatigadísimo; incansablemente, prestaba su asistencia a los moribundos y enfermos y cuando la ciencia humana era impotente, recurría a la divina y consolábalo.

—El hospital está lleno...—murmuró el médico—. Podemos usar el club.

—Iré a buscar mantas para prepararlos—se ofreció el sacerdote.

—Gracias, padre.

Canavan se encaminó hacia el hospital. Era ya noche cerrada y los incendios le prestaban un tinte más sombrío, casi macabro. Anduvo mirando el suelo y haciendo acopio de energías. La alegría de Mac le sacó de su abstracción:

—Doc... te necesitan en el hospital.

Juntos apretaron el paso y llegaron al otro extremo del puente, cuando Miguel, veloz como una saeta, se agarró a las piernas de Canavan, escrutando la oscuridad con pavor y desesperación.

—¿Qué te pasa, Miguel?—le preguntó, dándole una palmadita en el hombro.

Larson llegó corriendo y se dio aire con el sombrero, jadeando por recuperar el aliento. Miguel le acusó con un dedo:

—Me encerró en la prevención. No quiero ir con él.

—¿Adónde?—preguntó el médico directamente a su amigo.

—El capitán me ordenó que vuele el

dique con dinamita. Vendrá un pelotón, pero necesito a Miguel de gula.

—Yo no va!—protestó, meneando la cabeza con rapidez. Canavan le hizo mirar a los ojos:

—Miguel... necesitamos agua corriente...

—Yo va, doctor.

Una amplia sonrisa cruzaba las facciones de Larson al estrechar las manos de sus amigos. Su sencillo corazón suponía que estaban envidiando su suerte, y aquello le hacía feliz. Era una misión de responsabilidad la suya y todos sabían que jamás había dejado una orden por cumplir.

—Hasta la vista, Bill. Adiós, Mac.

En el centro del puente, se volvió para agitar la mano y gritar:

—¡Qué orquídeas voy a traer cuando vuelva!

Mac y Canavan cambiaron una mirada; lentamente bajaron las manos y estuvieron inmóviles hasta que su amigo se fundió en la oscuridad. Levando posada una mano sobre el hombro de Miguel.

—¡Ojalá no sean lirios!—musitó Mac sin ganas de bromear.

Y Canavan asintió lo mismo. Ambos habían tenido el mismo presentimiento y sentían un nudo en la garganta que les atenazaba y les privaba la respiración... Presentían que aquella sería la última ocasión en que hablarían con Larson, el bonachón enamorado de las orquídeas.

CAPITULO VIII

LA CONFESION

Pasaron dos días sin tener noticias de Larson, sin tener la menor prueba de que había triunfado. La situación era insostenible y todos, incluso el inquebrantable Mac, estaban desanimados. El capitán Hattley ya no rechazaba los reproches que se dirigía a sí mismo en nombre del deber; ahora ya estaba seguro de que, pasadas unas horas, podía quedarse ciego.

El ruido de unos pasos le hizo saltar como si ardiera el papel que acercaba y alejaba de sus ojos y dio la vuelta a la mesa, procurando acercarse al visitante y reconocerle. Si no lo hacía así, estaba en condiciones de inferioridad y su secreto sería descubierto. Mac se agarró a la jamba de la puerta para recuperar el equilibrio. Un mareo cubría de frío sudor su frente; sin embargo, pese a su malestar, se percutió del sobresalto de su jefe.

—Está tan nervioso como todos nosotros. Anoche, el centinela de la parte del río disparó al que le iba a relevar. Están tan nerviosos que tiran a sus sombras... Capitán—dijo, acercándosele, lo cual al aludido se le antojó como si brotara de las tinieblas—. Larson debiera haber vuelto ya... ¿Qué piensa usted hacer?

—No dispongo de fuerzas... Suponga que atacan el fuerte...

—¡Ojalá fuera así!... Todos piensan igual. ¿Por qué no han atacado? ¿Por qué no hacemos algo?

El teniente vacilaba sobre sus pies, pero dio tal intención a su taca, que el capitán se enderezó como hubiera hecho de recibir un latigazo.

—¡Mac!

Observó el movimiento casi pendular del joven, el sudor de su frente y el temblor de la mano que se pasaba por la cara. Tenía, además, el rostro encarnado y los labios resecos.

—¿Qué le pasa?... Que le vea el doctor; parece usted enfermo.

Larson era la única idea que había en el cerebro de Mac. Sentía la misma ansia que cuando faltó Canavan; una angustia indiscernible, pero no por ella menos precisa. Insistió, esforzándose en hablar con claridad:

—Escuche, Larson no tiene ninguna defensa en la selva y todos estamos nerviosos pensando que le pueda suceder algo.

—¡Basta ya, Mac!

—A la orden.

Saló vacilando de la estancia, como un ebrio, y cruzó el espacio únicamente gracias a su tenaz voluntad de acudir

en auxilio de su camarada. Conseguió llegar al cufo de las armas. Se llenó los bolsillos de proyectiles. Su estado empeoraba; las piernas le traicionaban. Se apoyó en la mesa y bebió un trago de licor. Traspuso la puerta y entonces cayó en redondo.

Al abrir los ojos nuevamente, le pareció que había transcurrido un siglo desde que no lo hacía. Estaba en su cama y todos los objetos de su alcoba daban vueltas vertiginosas. Canavan le tendía la cuchara... ¿Qué cuchara era aquella? Su cabeza no quería recobrar la posición normal.

—Anda; un trago a mi salud. Abre la boca... —le mandó Canavan hasta que fué obedecido.

Se apartó del lecho del enfermo y comenzó a ordenar los frascos que había junto a la mesita de noche. Linda estaba sentada en un sillón, con un aspecto sorprendentemente infantil. El médico adivinó que pugnaba contra el sueño que la vencía.

—Creo que no hay peligro; hemos llegado a tiempo. No ha nacido microbio que pueda con él. Debe usted irse a descansar. Lo necesita.

—No se preocupe; me encuentro bien —protestó Linda.

—No ha dormido desde hace más de cuarenta horas.

—Ni usted tampoco.

Canavan siguió arreglando las medicinas y los frascos empleados para asistir a Mac, para sofrenar sus deseos de tomarla entre sus brazos.

—¿Sabe que por primera vez empieza a serme antipático ese Alipang? ¿Por qué no baja y lucha como un hombre?... No es de hombres usar microbios en vez de balas. No creo que los nativos ten-

gan ya miedo a Alipang. Tomen más al cólera—. Y añadió para sí: ¿Dónde está Larson? No pudo extraviarse; le acompañaba Miguel... Bueno, conoceré mejor el cólera para cuando vuelva a América. — Se volvió hacia la joven: —Linda, ¿pensó usted alguna vez en hacerse enfermera?

La joven dormía profundamente. Era lo que él había querido. Canavan la levantó de su asiento y en silencio cruzó el patio. En el pabellón de Hartley halló a éste escrutando la oscuridad. Al reconocerles, Hartley se les acercó tropezando con un barrato.

—¿Qué le pasa?—preguntó seriamente, en tanto que Canavan dejaba a Linda sobre la cama y la tapaba con un mantén.

—Nada malo —le tranquilizó—. Que está muy fatigada y se ha dormido.

Abandonaron en silencio la alcoba de la joven y Hartley tornó a tropezar con el marco de la puerta. Sin dar una explicación por su torpeza, se sentó en uno de los escalones del porche e invitó al médico a que le imitara. Este se excusó pretextando sus urgentes ocupaciones.

—Es que quiero hablar con usted.

Canavan le obedeció.

—Tome un cigarrillo... ¿Cómo está Mac?

—Bastante mal... —le respondió el teniente sin mirarle—. ¿Qué piensa usted hacer respecto a Larson?—Hartley meneó la cabeza—. No habrá llegado al dique.

—No.

El pensamiento de Canavan estaba a muchas millas de distancia, fijo en Larson.

—Era curiosa su pasión por las orquí-

dese—murmuró—. Torpe, corpulento, tan fuerte... Aunque yo sé de un herrero, un tío mío, que es capaz de doblar una herradura con las manos y hay que ver con qué ternura cuida su jardín.

Hartley fumaba en silencio, haciendo chispear la punta de su cigarro en la oscuridad. Se acodaba en las rodillas y parecía estar en una disposición de ánimo semejante a la del doctor. Tras de unos breves instantes de silencio, tomó aliento y confesó:

—Canavan, me estoy quedando ciego... Aquella herida me cortó el nervio óptico... He empeorado últimamente.

La voz de Canavan no demostró ninguna sorpresa al contestarle:

—¿Cómo no le mandé al coronel Hatch al hospital?

—Lo hizo, pero rompí el informe médico el día de su muerte. Recomendaba el retiro, pero yo tenía otros planes.

—¿El suicidio?—exclamó rápidamente Canavan, y atajó su protesta—: Ya sé... El informe decía: «Muerte en acción...» ¿Es eso?

Hartley ya no tuvo valor para protestar. Se encogió de hombros.

Más vale eso que murirse de tedio en el Cuerpo de Inválidos.

—Lo que tiene usted es miedo...—acusó Canavan inesperadamente—. Miedo a vivir. Eso es peor que tenerle miedo a la muerte. El morir es fácil. Es igual que una fuga.

—¿Que una fuga?—replicó Hartley con pasión—. ¿Sabe lo que el fracasar aquí supone? Maisang es una prueba, no es un simple poblado; es algo más. Si vencemos aquí, toda la obra de estas islas queda hecha... Bueno, fracasé. Debo avisar al Ministerio.

—¿Qué va a adelantar con eso? Ha-

rían falta días, ¡tal vez semanas!... Usted podrá aguardar quizá, pero el cólera no.

—¿Qué pueda hacer. Larson se fué, Mac está enfermo, y yo...

—Aun no está ciego. Usted no ha fracasado. Se ha dado por vencido. Está dominado por el miedo, igual que lo estuvieron sus hombres. Tiene miedo a no ver, tiene miedo al fracaso... ¿Por qué no deja de compadecerse a sí mismo y hace usted algo?... No hace falta un ejército: hace falta agua corriente.

Datu salió de la oscuridad en donde había estado escuchando la conversación del teniente y del capitán. Canavan pensó en que era un pájaro de mal agüero. ¿Qué anunciaría? Datu fugió no perturbado de la mirada glacial del médico y se puso ante ellos:

—Doctor, es cierto... El pueblo morirá si el río no vuelve a su cauce. Han muerto ya muchos. Algunos son como yo... Si me das hombres, los conduciré yo mismo al dique, para que lo hagan saltar. Dame veinte hombres y fusiles.

—He mandado ya una expedición—se opuso Hartley, esta vez senosamente—. Hasta que sepa del teniente Larson...

—Esperará en vano—protestó Datu, y maldijo en imprecación, pues Canavan había reparado la observación y se traguó, diciendo:

—¿Cómo lo sabes?

Datu recibió inmediatamente su sangre fría y forjó un plan sobre el terreno, que fuera una buena excusa al mismo tiempo:

—Dicen que marchó río arriba... Fue un error. Los hombres de Alipang guardan las fuentes del río. Pero hay otro camino.

La fortuna fué en auxilio del malayo

y acabó de decidir al capitán. Pasaron dos soldados llevando en brazos a una persona. Canavan creyó reconocer a Miguel y se levantó de un salto y les ordenó que parasen. Era, efectivamente, el muchachito, que sonrió débilmente al tenerle junto a sí. El médico sostuvo su cabeza y le preguntó con precipitación:

—Miguel, Miguel, ¿qué ha sido de Larson?

El pecho del muchacho bajó y subió repetidas veces antes de poder hablar:

—Muerto... todo el mundo... emboscado.

Y perdió el conocimiento. Canavan descartó a los soldados y lo llevó por sí mismo a su alcoba.

Prestados los primeros auxilios y habiendo comprendido que su herida no era nada grave, le dejó descansar unos momentos. Se quitó la bata y se sentó en el borde del lecho. El chiquillo se agitó intranquilo y murmuró:

—Cauce río... emboscada... Larson... Datu... Datu...

Se talbuceó no fué inteligible para Canavan. Sobre el pecho desnudo del herido reposaba su mano cerrada con fuerza sobre el botón de su guernera. Canavan deseaba averiguar lo sucedido y el significado de las palabras que había murmurado, pero tenía que ser cauto para no excitarle. Intentó hacerle abrir la mano, propinándole tirones al cordel:

—Miguel, tuviste suerte de no perder anting-anting.

—Sí, mucha suerte—repitió el malayo, y pareció entrar de nuevo en la inconciencia.

Ratificó Canavan sus tirones, sin resultado, al parecer. Acercó su boca a la fax del chiquillo y le preguntó con dulzura:

—Miguel, ¿qué pasó con Datu? Esta-

bas murmurando algo de Datu... Miguel, Miguel, procura acordarte... Datu... Datu... Datu...

El herido respiró con fuerzas, hasta que el aire emitió una especie de silbido al entrar en sus pulmones. Meneó la cabeza hacia un lado y hacia otro, frunciendo las cejas en su intento de concentrar su mente. El nombre de Datu despertaba, sin duda, un recuerdo doloroso, porque volvió a gemir. A Canavan se le antojaron horas los minutos que pasaron antes de que levantase los párpados.

—Datu... con hombres de Alipang... ¡Datu mató a Larson!

Eso era lo que quería saber Canavan. Dejó al chiquillo a cargo de la enfermera que cuidaba a Mar y volvió hasta el pabellón de Hartley. Las habitaciones estaban vacías. Sólo cubía una casa y para estar segura de ella, entró en el cuerpo de guardia como una tromba, asustando al cabeceante sargento. Sin darle tiempo para que se recobrara de su asombro, le espetó:

—¿Y el capitán Hartley?

—Ha marchado a volar la presa.

Esa era la noticia que temía desde que Miguel le contara la verdad. El juego de Datu aparecía bien claro.

—¿Se marchó Datu con él?

—Sí, teniente —respondió el azorado sargento.

—¿Cuántos hombres llevaron?

—Treinta y dos... Y Datu llevó malos.

—Malayos, ¿para qué?

—Cargar dinamita —chapurrió el sargento, que vió el cielo abierto en cuanto Canavan desapareció satisfecho del interrogatorio.

El médico buscó sin éxito a Yabo. También había partido con el capitán.

Unicamente podía hacer una cosa. Y corrió de nuevo hacia su casa, armóse y entró en la alcoba de Mac. Este, velado parcialmente por el mosquitero, le miró con la semiconsciencia a que le sentía reducido su enfermedad. Canavan le sacudió con brusquedad, hasta que vió aparecer en sus ojos un destello de inteligencia.

—Mac... Mac... Mac... escucha... El capitán está en peligro y yo tengo que ir en su busca—. La hamita desapareció.

Tornó a sacudirle hasta que se incorporó, casi alerta—. Mac... Mac... despierta y escúchame... Oye, tú eres el jefe; no queda otro aquí. Tienes que asumir el mando. ¿Entiendes, Mac?

El enfermo inclinó la cabeza pesadamente, dispuesto a cumplir lo mejor posible con su deber, ya que, afortunadamente, la gravedad de su estado había desaparecido.

—Cuida de Linda— añadió. Y consiguió la misma respuesta.

CAPITULO IX

EL DIQUE Y LA DINAMITA

Hacia horas que caminaban sin descanso. Maisang había desaparecido tras de innumerables montañas y de bosques intrincados. A pesar de la dureza del terreno, todos andaban sin quejarse y sin detenerse un momento; de vez en cuando, la marcha se hacía más lenta y tenían que sortear algún tronco caído o alguna trampa preparada por los malayos. Lo más pavoroso de la selva era el silencio, el continuo silencio cerniéndose sobre ella como algo tangible y que aumentaba hasta un grado insuspechado el sonido de sus pasos o el estallido de alguna rama seca bajo sus botas.

Caminaban, caminaban sin cesar. Datu servía de guía y, por consiguiente, iba a la cabeza de la extensa serpiente humana; detrás de él, iba el capitán, avanzando con cautela, y, luego, Yabo, los portadores de la dinamita, los siniestros malayos del poblado, llevaban su carga atada con una soga a la espalda y cerraban la fila los soldados del fuerte.

Desde que salieron de la población habían seguido el resaca cauce del río, parte más practicable del bosque por estar más espaciados los árboles y desprovistos de lianas. Datu procuraba despertar las menores sospechas posibles y se comportaba lealmente. Aun no estaban cerca del campamento de Aliquang y era peli-

groso alarmar a unos hombres tan decididos como los que le acompañaban.

El río daba una gran vuelta en su curso y Datu esperó al capitán. Una vez éste dió la señal de alto y se le hubo acercado, le dijo, señalando la madre de la corriente:

—El río da vueltas y vueltas. Podríamos subir directamente—e hizo un ademán en dirección de la ladera de la montaña que formaba uno de los lados del valle por donde discurría en otros tiempos la cantarina agua.

El capitán meditó en la oportunidad del consejo. No había abierto la boca desde que abandonaron Maisang y Datu barruntaba algún peligro. Para desvanecer cualquier animosidad, añadió a continuación:

—¿Has visto? No hay trampas ni emboscadas.

—¿Cuánto falta para llegar a la presa?

—Una hora todavía—y emperó a trepar hacia la cima del monte, sin que el capitán lo rehusara.

Canavar estaba a una milla de distancia de ellos. Había ahorrrado tiempo y energía caminando por el centro del cauce. Era aquélla la única manera de no extraviarse; si sin guía representaba una contrariedad con la que tenía que contar. No obstante, avanzaba con pre-

deencia, buscando las huellas de la tropa. Mantenía el fusil dispuesto en su mano izquierda; en caso de necesidad, no tardaría en entrar en acción.

Algo brillaba en el suelo, entre dos piedras. Se agachó y reconoció el tapón de una de las botellas de cerveza que Larana solía llevar en sus excursiones, dentro de un mortajal que él mismo le había regalado. Lo apretó hasta doblarlo. Marchó durante una media hora más y se volvió a parar. Hacia su izquierda, volando sobre las negras copas de los árboles, graznaba una bandada de cuervos, luchando contra los buitres. Tuvo que combatir un terrible presentimiento. Las aves indicaban la muerte. ¿Sería Larana o...? Reemprendió su camino, recorriendo el seguro de su rifle.

El capitán Hartley se percató algo tarde del itinerario que seguían. Estaban ya cercanos a la cumbre de la montaña y dominaban las contornos, que se extendían a sus pies como un amasijo incomprensible de rocas, árboles y un océano vegetal. Del río, al nastro. Se agarró a una rama para conservar el equilibrio y calculó mentalmente las ventajas de un retreceso. Sería perder tiempo. Le gustaría saber el motivo por el cual se dirigían hacia la parte oriental de la isla.

—Dato, ¿por qué subimos? ¿No debíamos ir por el valle?

—Porque así se acorta. Pronto llegaremos a la presa—le prometió el malayo.

—¿Cuánto falta?

—Media hora.

El capitán, a falta de otra cosa mejor, se resignó a seguirle. Iba perdiendo su confianza en Dato, pero no hasta el extremo de retroceder.

Canavan llegó a una especie de cañada lateral, que desembocaba en el río,

guiado por las aves de rapaña. Pronto tuvo indicios de que allí había tenido lugar algo terrible. Un buitre protestó contra su intrusión, sin que le hiciera caso. Sus miradas estaban fijas en una bota. Poco más allá, había unos truxos de guerrera... Siguiendo el marabro nuestro, se presentó en la parte que debía ser centro de la lucha. El cadáver carbonizado de un malayo, un soldado decapitado, una correa... Respiró profundamente.

A sus pies estaba el mortajal aludido con su humerística dedicatoria. Las botellas se conservaban intactas por un milagro. Levantó los ojos y junto a una lansa clavada en un tronco vió la más maravillosa orquídea que contemplara en su vida. ¡Era completamente blanca! Lentamente fue mirando y al pie del árbol, sobresaliendo... ¡estaba el cadáver de su amigo enterrado en el suelo, y únicamente con la cabeza libre!

Domó sus pensamientos y rompió el gulete de la botella, bebiendo su contenido caliente, pero que bastó para mitigar su sed. Luego se quedó inmóvil, rememorando los pasados años...

Salió de su atonía al ser distraída su atención por un destello que le pareció descubrir en la cumbre de la montaña de la parte oriental. Su aguda vista percibió unas figurillas humanas que, por un fenómeno de refracción, se le antojaron deformes. Y como para asegurarse de que no se equivocaba, oyó unas palabras en inglés. ¡Había llegado la sucesión!... Velazmente se internó por la ladera que moría a sus pies.

Dato y Hartley habían alcanzado la pétrea cumbre de la montaña, una vuelta de parillo natural rodeado por ambas laderas por unos precipicios cortados a pi-

co. El corazón de Datu dejaba oír un himno de triunfo. Alipang le agradecería la magnífica presa que le llevaba; no sólo era el importantísimo capitán, sino treinta y dos hombres, con sus correspondientes fusiles.

— Sólo unos minutos más y llegaremos — anunció, amainando la velocidad de sus pies.

Pero en la parte que la cima tornaba a descender, removióse un marino y bruto Canavan de él. Hartley lanzó un grito de sorpresa. Datu se quedó convertido en una estatua, la estatua del asombro. El teniente médico les cerraba el paso y estaba extrañamente agachado, como presto a saltar.

— ¡Canavan! — repitió Hartley.

Pero el médico no le prestó atención. Sus ojos seguían todos los movimientos de Datu, separado únicamente unos dos metros de él. Datu hizo un gesto amigoso, que fué cortado por la pregunta de Canavan:

— ¿Por qué traes a los hombres aquí, si el río está en esa dirección? — Y el capitán percibió que la mano del médico indicaba un rumbo distinto al que habían tomado desde hacía unas horas.

— Es peligroso aquel camino — contestó el malayo con toda la tranquilidad de que fué capaz.

La luz que oscilaba en los ojos de Canavan se fijó de repente, para lanzar un destello que no prometía nada bueno. Sus labios emitieron lentamente una frase, que fué más una acusación que otra cosa:

— Sí, lo sé. He visto a Larsen comido por las hormigas.

La afirmación de Canavan tuvo el poder de hacer perder las fuerzas a Hartley. Datu obró en un abrir y cerrar de

ojos. Envió un grito de salvaje aviso a los cargadores malayos y luego saltó como un tigre en dirección del doctor, desenvainando el puñal que llevaba al cinto y enarbolándolo sobre su cabeza. La escena siguiente fué tan veloz como la acción de Canavan, que pareció agacharse un poco más, mientras el revólver surgía con la velocidad de la luz del bórifo y detonaba, haciendo retumbar los ámbitos. Datu cayó al suelo llevándose la mano a la muñeca. Yabo prestó ayuda al doctor y se precipitó sobre el jefe malayo; no le costó mucho sujetarle.

Los portadores de la dinamita, al escuchar el alarido de Datu, se arrojaron sin vacilar al abismo, en donde parecían, haciendo estallar su carga. Mas Canavan había comprendido intuitivamente el significado del aullido de Datu, y tornó a disparar contra el último de los malayos que corría hacia el borde, decidido a seguir el ejemplo de sus amigos. Y el proyectil dirigido por el doctor le derribó. No obstante, el hombre se arrastró sobre su pecho hacia el borde y fueron necesarias tres soldadas para hacerle cesar de sus propósitos.

Canavan pasó junto a Yabo y a varios soldados que inmovilizaban a Datu, y ordenó:

— ¡Atadle!... Sujétadle las manos a la espalda.

— Sí, señor.

El sargento, a una indicación suya, colocó la caja de dinamita salvada milagrosamente de la destrucción sobre una roca. Canavan fué hasta ella y se encará con el isleño:

— Dame tu bayoneta.

Rompó las tablas que formaban la tapa y extrajo un guñado de mecha, que fué introduciendo en sus bolsillos. Des-

pués hizo lo mismo con unas seis cartuchos. Su maravillosa sonrisa volvía a lucir.

—Tenemos dinamita de sobra...

Hartley, al margen de los acontecimientos de la escena anterior, era la encarnación de la desvalidez. Canavan le puso la mano en el hombro y estudió su semblante. No le comunicó el resultado de un examen, sino que con breves frases, adecuado a la premura que le imponía el estado de Maissong, le narró:

—Datu les conducía a una emboscada y no debe estar lejos de aquí. Yo me iré por el río a buscar la presa.

—¿Cuántos hombres quiere? — le interrogó el capitán al instante.

—Ninguno. Mi amigo Datu conoce el camino. Será un escudo perfecto. Ustedes bajen al río y aguardenme. Yo bajaré luego por el cauce.

Con un breve ademán de despedida, cogió la cuerda que los soldados habían dejado suelta de la empleada para atar al malayo y tiró de ella como si fuera una reata. El tirón hizo vacilar a Datu.

—Tú vas a conducirme a la presa. ¡Vamos!

El comandante del fuerte esperó a que Canavan se hubiera marchado. Aquella era la segunda vez que le salvaba la vida, y sin un reproche. Abombó el pecho y determinó que seguir los consejos del médico era lo más acertado.

—¡Yabo!

—A la orden.

—Recluta a los hambres.

—A ver, todos...—gritó el diminuto teniente.

El doctor y su prisionero anduvieron en silencio y en una disposición semejante a la que tenían al abandonar la tropa. Datu había decidido jugar limpio; Canavan,

tarde lo había comprendido, era un mal enemigo y no malgastaba los minutos, tan preciosos, en contemplaciones. En las cercanías del río, el malayo se paró como espantado por un sésid.

—Vamos, no te pares...— le advirtió Canavan, sin lagrar que diera un paso adelante... ¿Qué te pasa? ¡Andando!...

Y para animarlo a obedecer, le dió un empujón. Datu plantó el pie en la hierba para mantenerse en pie y desapareció tragado por la tierra, exhalando un grito espantoso. Un sordo baque fué el final de él. Canavan soltó la cuerda oportunamente para no verse arrastrado por su peso y buscó asidero en una rama baja de un árbol. ¡Era una trampa igual a las que le había enseñado Miguel! Con prudencia, miró al hoyo. Allí estaba el cuerpo del traidor, ensartado por las innumerables lanzas que erizaban su suelo.

Sin abandonar la prudencia, pasó al otro lado de la hoya y continuó su camino. ¡Larson quedaba vengado! Extraña venganza, en verdad. Los malayos se habían encargado de ello. Entró en el cauce y corrió hacia el dique. Minutos después estaba ante él. Era un gigantesco muro construido con bambúes, troncos y rocas, de cuya parte inferior brotaba un hilillo de agua que iba a morir en un aguazal.

Hizo un paquete con los cartuchos de dinamita, sujetándolos con un cordel e insertó una mecha. Hecho esto, quitó unas piedras del centro de la base del dique y metió el explosivo en el vacío que dejaron. Lo acondicionó bien, asegurándolo con unas piedrecillas y encendió la mecha. A continuación emprendió la carrera más desesperada de su vida.

La explosión desgarró el aire distante del día y sacudió a las ártiles y las ro-

cas, no faltando mucho para que las arrancara de cuajo. El dique se desplomó como un gigante vencido y el agua manó, lentamente al principio y, súbitamente, con energía creciente, arrastrando a cuanto encontraba en su carrera de libertad. Maisang se podía considerar salvado.

Los isleños, en la población, notaron la llegada del río con hiperestésica sensibilidad. Salieron de su postración y olfatearon el aire. Era aquel un aroma conocido. Salieron de sus casas y corrieron hacia el puente. Una ola de agua barrosa persiguió a los animales que se paseaban por el cauce. Aquella ola, anuncio de vida, fué seguida por otra y el caudal de la corriente aumentó hasta medir medio metro.

—El río!—gritó una mujer, saliendo de su estupor.

—El río! ¡El río! ¡El río!

Todos cornaban este vocablo, que atraía a gentes de todas partes. El centinela que custodiaba la parte del puente anunció la artificial avenida a los del fuerte. Los isleños se vieron acometidos por una embriaguez de alegría y saltaron al agua, jugando con ella, bebiendo con delectación, arrojándose a la cava aquel líquido mil veces más precioso que el oro. El padre Felipe se unió a la algazara general. Con lágrimas en los ojos, contempló enternecido a sus feligreses; luego, levantó los ojos al Cielo en acción de gracias, y el acento de las mismas palabras que su pueblo repetía, tuvo una significación tan honda que más parecían una oración a la eterna bondad divina.

—¡El río!... ¡Ha vuelto el río! — y su mente corrió a los hombres que ha-

bían llevado a cabo la hazaña y rezó por ellos.

Bien hacía en rezar el padre Felipe. Canavan, como estaba convenido, regresaba por el cauce, perseguido por la primera ola de agua. Algo que había visto, más que el agua, daba alas a sus pies. Cerca del lugar en donde Datu había encontrado la muerte, estaban Hartley y Yabo aguardándole con sus hombres. Ninguno de los dos tuvo valor para felicitar a Canavan. La expresión de su faz era angustiosa.

—Capitán... ¡jaded! He visto el campamento de Alipang y no hay ni un malayo en él. ¿Sabe lo que significa?... Que deben estar ya atacando el fuerte.

—Tenemos que volver en seguida —exclamó Hartley.

—Por el río—afirmó el doctor con un gesto para las inquietas aguas que hacía un segundo que bullían a su lado con fuerza creciente.

Hartley miró hacia el lugar en que suponía que estaba la tropa. No distinguía nada; algunas manchas luminosas, nada más. Llamó gritando a Yabo, que estaba junto a él y que le contestó con un militar saludo. El teniente isleño observó con asombro que Hartley proseguía llamándole:

—¡Yabo! ¡Yabo!

—A sus órdenes—exclamó con fuerza Yabo, cambiando una mirada con Canavan.

—Todos los hombres a construir balsas.

—A la orden.

Fuó rápidamente hasta los soldados y los mandatos salieron de su boca con la velocidad del huracán, siendo obedeci-

dos con presteza. Formaron pabellón en las armas y se dirigieron a un bosquecillo de gruesos bambúes desenvainando sus bayonetas. Canavan apretó a Yaho con los ojos y se encaró con el capitán estrechándole la mano. Y aquel apretón de manos selló una amistad eterna.

—Capitán, escogeré un par de hombres y me iré en la primera balsa.

—Está bien—aprobó Hartley.

Holgaban los comentarios. El fuerte estaba en peligro y únicamente un hombre podía salvarlo. Y ese hombre era Bill Canavan.

CAPÍTULO X

MACCOOL.

Efectivamente, los pecos de Alipang se presentaron ante Maisang media hora más tarde de reaparecer el río ante la población. Cobrían el mar de blancas velas, como gaviotas sobre una banda de peces.

En Maisang, el centinela más avanzada estaba divirtiéndose con la incongruente escena que se desarrollaba a sus ojos: mujeres y hombres de todas edades bañándose en las aguas que tenían que devolver la salud a los indígenas y que, en cierto modo, ya habían empezado su bienhechora obra. Todos los rostros resplandecían de contenta y el centinela ansiaba que llegara la hora del relevo para unirse al grupo que chapoteaba en medio de exclamaciones de júbilo.

Los pecos frenaban su navegación, abatiendo las velas de sus mástiles y dejándose llevar por el impulso inicial, cuando el soldado apartó sus miradas del río y los volvió hacia la playa. Más allá de la laguna brillaban las velas de los batus malayos. La lengua se le pegó al paladar; pero se refirió y disparó un tiro al aire.

—¡Atención la guardia!... ¡Vienen los malayos!

Los bañistas se alejaron apresuradamente de las aguas; los indígenas que

deambulaban perezosamente por las calles de la resucitada población, se pusieron en movimiento; los soldados salían de sus casas abrochándose las guerreras. Todos entraron en el fuerte, en donde esperaban encontrar la seguridad que los continuos ejercicios militares les prometían.

Mac y Linda casi tropezaron al salir al exterior. Mac entró en acción al punto y corrió hacia los sacos terreros que parapetaban la parte del puerto que miraba hacia el mar. En el centro del patio comprobó que la alarma del centinela había producido su efecto; las gentes se atropellaban en su afán de refugiarse en el fuerte. Los soldados del cuerpo de guardia salían de la prevención y corrían a sus puestos.

—¡Corneta! — gritó—. ¡Toques generala!

Linda se sentía electrizada por el movimiento. Se presentó a Mac y éste la saludó con non sonrisa. Juntos avanzaron hacia la parte del fuerte en peligro.

Linda, mande cerrar las puertas.

Sin replicar la muchacha reunió un grupo de hombres y se dirigió hacia la parte indicada. Mac se hallaba en un apuro, lo sabía; tenía que confiar en ella. Era la única persona capaz, como él, de conservar la cabeza serena en me-

dio de aquel tumulto. Animó a los soldados que la seguían con la voz y la acción. Tuvo que esperar un momento para que acabaran de entrar las desparocidas isleños.

Poco a poco, todos fueron recobrando la calma y los sargentos congregaron ante la experta vigilancia de Mac a sus hombres. Este los fué dirigiendo a los puntos débiles. Los soldados habían empezado a tirotear a los malayos desembarcados; las balas, mal dirigidas, silbaban sobre sus cabezas sin detener sus movimientos.

La parte débil del fuerte era la puerta correspondiente al puente. Mac, Linda y un sargento fueron al arsenal y sacaron rodando una pesada ametralladora y la colocaron entre los sacos terreros que se elevaban a un metro de altura. El teniente envió a la mochacha al hospital y al sargento en busca de dos auxiliares, que sirvieran al arma, y él, con el ojo pegado al punto de mira y la mano puesta en la manivela, que enviaría los proyectiles, mensajeros de muerte, esperó a que se presentaran sus enemigos.

El tiroteo se iba haciendo cada vez más intenso y los soldados obtenían ya buenos blancos. Los malayos avanzaron desde la playa y se detuvieron en donde se espesaban los árboles, atentos a las órdenes de Alipang. En realidad, éste, despreciando a los isleños según su característico modo de luchar, iba a atacar de frente a los soldados.

Se volvió a los hombres que se apretujaban a sus espaldas y blandió su espada, de ancha hoja, en dirección del fuerte.

—Muchos fusiles... muchas balas en el fuerte. Los cogemos.

Estas frases, apenas arenga, electrizaron a los malayos, y los desbocaron contra el puesto. Alipang, con sus lugartenientes, se quedó en un montículo, observando el ataque. Los guerreros de las montañas avanzaron con alegría, formando una densa línea con sus desnudos cuerpos, en olas sucesivas, dispuestas a estrellarse contra los sacos terreros. Los disparos de los soldados crepitaban, ensordeciendo los oídos. Pero a cada malayo que se desplomaba, gimiendo y dejando un vacío, surgía un compañero suyo que ocupaba su puesto, agradeciendo al destino la oportunidad que le deparaba de cubrirse de gloria.

Seguían su marcha algo agachados, como había adivinado Mac, hacia el puente. En cuanto hubieran acertado la distancia, lanzaron sus venablos contra los soldados. Muchos de éstos se desplomaron o se retorcieron en sus puestos. Pero lo maravilloso fué que, en lugar de arredrarse, se sintieron enardecidos por sus heridas y por sus muertos.

Mac vió a los primeros malayos apareciendo de entre los árboles que tenía enfrente. La fiebre le hacía temblar; sin embargo, jamás había estado su pulso tan firme y había sentido tantas ganas de pelear. Su sangre irlandesa ansió aquella oportunidad durante mucho tiempo para que no la recibiera con alborozo. Los dos soldados de sus lados asomaban cautamente las taberns sobre los sacos terreros, preguntándose qué le ocurría al teniente que no se conmovía al ver tan próximos los semidesnudos cuerpos. Estaban a unos cincuenta metros, estaban a cuarenta metros... pronto les podrían herir con sus jabalinas...

Mac dió la primera vuelta a la manivela, y el tableteo de la ametralladora,

más que las balas que vomitaba, detuvo a los malayos. Se recuperaron de su sorpresa y prosiguieron su camino. Los cuerpos caían; el arma devoraba cargador tras cargador; las balas eran cada vez más certeras y segaban la vida de los malayos, formando grotescos montones con sus heridos. Mac aumentó la velocidad de las vueltas impulsadoras y los malayos huyeron despavoridos.

El teniente se puso en pie y observó que su obra había sido satisfactoria.

Mandó a sus auxiliares que llevaran la ametralladora a una torrecilla y estudió los puntos débiles y la moral de sus hombres.

—A ver... ¡más sacos! Sacos terrores allí, ¡pronto!—ordenó a unos paisanos.—Unos hombres en aquel muro.

—¡Mac!—gritó Linda, casi desconociéndole.

El teniente le apretó la mano con fuerza y luego se la colocó en la frente.

—Linda, si me toma la temperatura, me encontrará mejor.

La ametralladora había aterrorizado a los malayos y el tiroteo ya no era tan intenso. Alipang recorrió sus nias e hizo un cálculo aproximado de las bajas. Un gesto tenaz contorsionó su boca. No le era posible luchar a distancia con armas blancas. Si fuera cuerpo a cuerpo... Llamó a su hombre de confianza:

—Hanar, Hanar... Entra en el poblado... Trae prisioneros.

El guerrero corrió agachado y sin vacilar. Alipang estaba seguro de que regresaría victorioso. Hizo avanzar a los malayos hasta los árboles más cercanos al muro del fuerte y desde allí enviaron una nube de venablos, haciendo callar para siempre a algunos rifles.

Mientras Mac esperaba un nuevo ata-

que de los malayos desde la torrecilla, con la ametralladora presta a entrar en fuego, y se felicitaba por haber escogido aquel lugar desde donde dominaba un buen trozo de terreno, Canavan y sus compañeros habían construido una almadía. Saludó al capitán, antes de partir, e hizo una seña a Yabo. Este entendió que deseaba que le siguiera a la orilla.

El médico estrechó la mano del isleño, en quien tenía que depositar toda su confianza, dado el estado del capitán Hartley, y le miró a los ojos, recibiendo la grata impresión de que Yabo era firme como una roca.

—No se aleje del capitán—le recomendó—. Necesitará ayuda... Yabo, tendrá usted que encargarse de conducir los hombres hasta el fuerte.

—Sí, señor.

Embarcándose, a continuación, en la frágil balsa y cogió una pértiga. Un vigoroso empujón le llevó hacia el centro del revuelto río. La balsa era zarandeada por las aguas y agitada por los remolinos. A duras penas podían esquivar los peñascos que erizaban el cauce y conservar el equilibrio. Pero lo importante es que progresaban con velocidad creciente y que ya no estaban lejos de Maisang. Los brazos le dolían, pero la idea del peligro en que estaban los isleños le hacía soportar sus molestias con una sonrisa.

A medida que se acercaban a la población, el curso de las aguas se estrechaba y aumentaba, por consiguiente, en velocidad. Las rocas se multiplicaban... y de pronto entraron en unos rápidos. Canavan manióbró con toda su vigor.

—¡Cuidado!—gritó, dominando por un instante el rugir del río.

Su aviso fue tardío. La balsa chocó contra las aristas de unos escollos y la

sacudió como si fuera una simple paja. Canavan fué el único que logró mantenerse sobre ella. Los dos soldados habían desaparecido, engullidos por los remolinos. No se preocupó en considerar el peligro que esto representaba. El tiempo se deslizaba rando y él tenía que llegar, fuera como fuese, aunque tuviese que llevar a cabo la tarea de un gigante.

Hacer no había defraudado a Alipang, que, con un fusil en la mano, animaba a dos isleños ancianos a que hablaran. Su dedo apoyado en el gatillo del arma era haria significativo. No era una vana amenaza.

—¿Dónde guardan americanos fusiles y balas en el fuerte? — preguntó a uno de ellos. Este negó con la cabeza y Alipang le tendió muerto en el suelo.

El otro isleño retrocedió atterrorizado, pero los guerreros malayos tornáronse a poner ante su jefe.

—¿Dónde? — insistió—. ¿Dónde guardan fusiles y municiones en el fuerte?

—Detajo de iglesia... junto a la ventana grande... en aquel lado.

Alipang le escupió en el rostro y le abofeteó. Enzarzó con sus hombres y los fué enviando a los sitios que nombraba.

— Coge hombres y ataca la puerta que queda en el puente. Yo iré por el otro lado a buscar fusiles.

Y ésta fué el movimiento principal de los malayos que advirtió Mac desde la torrecilla. Tabletas en ametralladora esparciendo la muerte. Sin embargo, los certeros disparos parecieran momentáneamente que no iban a contenerlos. Los venables pasaron rozando el arma y la cabeza de Mac, clavándose unos en los sacos serretes e hiriendo otros a los soldados cercanos y a uno de los aprovisionadores del arma. Ni Mac ni el otro soldado cejaron y siguieron disparando con tenacidad hasta que ahuyentaron a los agresores, los cuales, no obstante, quedáronse acechando desde los árboles.

Alipang fué con el otro grupo de hombres hacia los más espesos del bosque, por las copas de cuyos árboles sobresalía la blanca espadaña de la capilla. Eco-gieron unas palmeras jóvenes y las curvaron con gruesas cuerdas, que luego sujetaron en el suelo. En cada una de ellas se sentó un guerrero. Alipang fué asesiando tajos a las cuerdas y los malayos que las ocupaban cruzaron los aires, lanzados por el impulso de las palmeras al recuperar su posición normal, cayendo en el interior del reducto. Uno de ellos, se estrelló contra el alféizar de la ventana; otro penetró en la iglesia, cumpliendo la vidriera pulverizada y los demás, con mala suerte, llegaron sin percances al sitio deseado. Rápidamente varios de ellos entraron en la capilla y sacaron los cajones de municiones y armas; entretanto, otros luchaban cuerpo a cuerpo con los soldados que los repelían. Pronto fueron dueños de la situación.

Cuando Mac hubo puesto en fuga a los malayos del segundo ataque, usó el cargador vacío de la recámara y lo agitó en el aire, gritando a Linda: — Traiga más cargadores del arsenal! La joven dobló la esquina que formaban los sacos serretes y le ocultaba la espantosa escena que sorprendió a renglón seguido. Algunos soldados todavía luchaban con los malayos y rodaban con ellos, cambiando golpes mortales. Otros guerreros se pacaban las armas apresurados, haciéndolas desaparecer al otro lado del muro. Regresó al teniente y le llamó:

—¡Mac! ¡Mac!

La luz del sol hacía resaltar su lividez. Mac bajó de un salto de la torrecilla y sin preguntarle nada la siguió hasta la esquina. Inmediatamente su revólver empezó a escupir fuego. Cada disparo un blanco. Su dedo se movía con maquinaal precisión. Un malayo se echó un rifle a la cara y disparó. Mac se tambaleó, llevándose la mano al pecho y cayó al suelo, mortalmente herido. Su revólver se levantó por última vez y abatió a su agresor.

—¡Mac! — gimió Linda, arrojándose a su lado.

—Tráigame más municiones... — suspiró el teniente. — ¡Corra!

Cuando regresó Linda con una caja de ellas, el teniente Terence Mac Cool había muerto. Había ganado su última batalla: tener, como sus antepasados, las armas en las manos y una sonrisa en los labios al cerrar los ojos. Tres soldados le miraban, sorprendidos de que el invencible teniente no se moviera y no los animara con sus chanzas. Linda dejó caer las balas al suelo...

—Pero, ¿qué hacen aquí parados? ¡Vuelvan a sus puestos! — les ordenó, y fue obedecida.

Alipang mandó reventar las cajas de municiones y cada uno de sus guerreros se apoderó de un rifle y de un puñado de proyectiles. Muchos de ellos ya estaban con un arma de fuego en la mano. Ya podía esperar tranquilo el triunfo. Reunió a tres de sus cabecillas.

—Ahora, atacamos por todos los lados. Tú por el camino del río. Tú por el río. Tú por la laguna. Yo iré por el puente.

Canavan había conseguido varar su almadía en las cercanías de Maisang y ya estaba cerca de la población. Caminaba

con sigilo y con el revólver a punto. Al pasar por un recodo que desembocaba en el puente, bastante alejado aún, se vió frente a un grupo de malayos que corrieron gritando en su persecución; retrocedió hacia el camino ya andada, pero pronto halló que otra grupa le cerraba el paso. Tenía que obrar y... obró rápidamente. Con uno de sus largos brazos se asió de una rama de un árbol y trepó, esquivando los disparos. Saltó a continuación al tejado de una choza y marchando por aquella asombrosa calzada pudo entrar en el fuerte sin un percance.

La desmoralización cuerdó entre sus defensores. La muerte de Mac les había impresionado mucho y a ella se agregó la noticia de que las municiones y los rifles habían desaparecido del arsenal. Los soldados abandonaban las arpilleras cuando aconteció la providencial aparición de Canavan. Animó a los cohardes a seguir en sus puestos golpeándoles.

—Al parapeto ha dicho. ¡Vamos, pronto!

—No hay municiones, teniente — se lamentó un soldado.

Canavan no le prestó atención. Dispuso a cada hombre en su lugar y recorrió el muro observando al enemigo. Los disparos del fuerte iban espaciándose, cuando uno de los hombres gritó:

—Teniente... ¡ya vienen!

Canavan subió a la torrecilla en donde aún estaba la ametralladora e intentó disparar. El percutor golpeaba en el vacío. Los malayos estaban a una veintena de metros. Sacó un cartucho de dinamita de su bolsillo, encendió su mecha con un disparo, y lo arrojó... Los malayos saltaron hechos pedazos y los supervivientes retrocedieron. Lo mismo

tuvo que hacer por la parte del río, por la laguna, siempre con igual éxito. Por último, llegó a la parte del puente y rebuscó en sus bolsillos. Descendió de su observatorio y se dirigió a Linda, que estaba en la puerta de la capilla.

—¿Dónde está la dinamita?

—Ya no nos queda — fué la contestación.

Canavan tuvo una idea, inútil en sus resultados, pero no para ganar tiempo. Yabo y Hartley no podían estar lejos. Ellos llevaban todas las municiones que necesitaran. Tenía que ganar tiempo, tenía que ganar tiempo... Penetró en la capilla y cogió una vela, regresando al muro del puente. Con la culata rompió la ceta innecesaria, dejando en uno de los extremos al descubierto un largo pedazo de pabito. Aplicó una cerilla y arrojó el supuesto cartucho. Los malayos y Alipang retrocedieron alarmados... Poco a poco se acercaron. Alipang tocó la vela con su espada y lanzó un grito de ira. Canavan le apuntó y disparó... ¡el revólver estaba descargado!

El fuerte se vió sometido a un ataque general. Los sacos terribles se desmoronaban sobre los malayos, que continuaban trepando, llenos de ardor. Los soldados huían. Canavan se puso en medio de ellos.

—¡Seguid en vuestros puestos! Dadles con la culata de los fusiles.

Se trabó una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo. El grupo mandado por Alipang ya cruzaba el puente y la puerta cedería con facilidad. En cuanto entraran los malayos en el fuerte se iniciaría una espantosa carnicería. Los isleños resistirían con todas sus fuerzas, aceptando luchas individuales en las que no se

sabía quién era el vencido y quién el vencedor.

Al fin llegaron los salvadores.

Hartley fué de los primeros en pisar la orilla del río. Se adosó a la pared de una casa. Las detonaciones y los gritos del fuerte se multiplicaban en sus oídos como una acusación. ¡Y no podía tomar parte en la lucha...!

—¡Yabo! ¡Bruna a los hombres!

Los hambres formaron por sí solos y avanzaron a paso de carga hacia el fuerte. Los malayos ya trepaban el muro, utilizando como escala los sacos y los cuerpos de sus compañeros. Yabo no tuvo que ordenar que se formara el cuadro. Hincaron rodilla en tierra.

—¡Atención! ¡Apuntar!... ¡Fuego!

Los disparos fueron ciertos y derribaron a sus enemigos. Estos retrocedieron a un rincón e hicieronles frente, contestando a los disparos reglados de los soldados. Pronto sólo quedaron dos supervivientes y el sargento los condujo hacia otro lugar en peligro.

Yabo pisó el puente. Un grito le hizo levantar la cabeza. Era Canavan.

—¡Yabo! ¡Yabo! ¡Alipang!... ¡El que va de negro!

El teniente reparó en Alipang, que había permanecido escondido hasta entonces y estaba decidido a cruzar el puente para reunirse con los suyos.

—¡Que no se escape! — le enardecía Canavan.

Era innecesaria esta advertencia. Yabo tenía que salir muchos pleitos con Alipang, el asesino de su raza. Apoyó su rifle en el hombro y Alipang saltó contra él, blandiendo el sable. Yabo retiró el arma. Una bala era mucho honor para aquella fiera. Cogió el fusil por el cañón y atacó a Alipang. Chocaron los dos

armas y volvieron a chocar. Al segundo encuentro el acero de Alipang cayó de sus manos y la culata del rifle de Yabo chocó contra el cráneo del malayo... Por fin, se desplomó sin vida en el río, hundándose lentamente en aquella agua con la que tantos daños había infligido a los pobladores de Maisang.

Canavan encontró a Hartley en el mismo sitio en que Yabo le dejara. Se abrazaron.

— ¡Steve!

— ¡Bill!

— ¡Siento que no lo haya visto!

— ¡Verlo? — protestó — ¡Lo sentía! ¡Fue maravilloso!... — dominó su entusiasmo para indagar: — ¿Dónde está Linda?

Llegó la joven y se unió al grupo del capitán y de Canavan. Lanzó un sollozo de alegría y se precipitó en los brazos de su padre.

— ¡Papá...! ¡Oh, gracias a Dios!

— ¡Gracias! — repitió con fervor al ciego.

Maisang había vuelto a la normalidad y curado las llagas que el cólera y la lucha habían abierto en su seno.

Todos los isleños se agrupaban en el desembarcadero. Aquel era el mayor acontecimiento de su existencia. Se marchaban para siempre los tres supervivientes de las personas a quienes debían su felicidad: Hartley, Linda y Canavan y... Miguel, a quien desconocían en su elegante traje americano.

Las flores de la despedida colgadas de su cuello simbolizaban el amor que Maisang les tenía. Llegó la gasolinera y se embarcaren. Los adioses redoblaron su entusiasmo. Yabo gritó a sus hombres:

— Presenten, ¡armas!

La exactitud con que fué obedecido hubiera llenado de orgullo al capitán Hartley si hubiera podido presenciaria. Sus ojos estaban muertos para siempre y una gafas negras disfrazaban su expresión. Canavan cogió las manos de Linda y las apretó, sin decir una palabra. Los cuatro pasajeros agitaron sus manos.

El padre Felipe, situado en la punta del desembarcadero, imitó su gesto, diciéndoles:

— Nosotrus, los que vamos a vivir, os saludamos.

FIN

TITULOS EN EXISTENCIA:

SERIE "TRIUNFO"

Barrios de Nueva York, por Judith Cooper y Martin Bellman.
Aquel inmortal, por Lillian Harvey y Louis Jouval.
El ancillita y la dama, por Rosita Moreno.
Adriana, por Warner Baxter y Wallace Henry.
Cuando me siento sola, *Ruinas de amor* y *Cuando revivimos* (Serie Trío).
El sacrista de Chen, *Charlie Chen en la pista*, *Charlie Chen en la Opera* (Serie Trío).
Alister Wong en el Surtido China, por Sonia Karsell.

PRECIO: FTD PTAS.

Bajo dos banderas, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
El pequesimio, por Felipe y Lolita Sainos.
Corset de Sade, por Marie Bel, Harry Ben y Naima.
Doctor italiano, por George Sanders y M. MacGwire.
Cararón de oída, por Jane Withers.
La ruta sin fin, por Victor Francen y Marcelle Chantal.
Suprema decisión, Edwige Feneilla.
En cambio de los parisienses, por Margaret Lockwood, Barry Barrat.
Adorable intrusa, por Judy Cerova.
Amor que nunca amor, por Annabella y Henry Fonda.
Una entre un millón, por Sonja Henie y Don Ameche.
Comedia de gloria, por Libertad Lamarque.
El caballero del anillo, por Olga Carvi y Laila Ferida.
La ley segunda, por Michellian Piraley y Marcelle Chantal.
Vuelta al ayer, por Cilea Brook y Anna Lee.
La vida de Carlos Gardel, por Italo del Carril.
Por otro querer, por Barbara Stanwyck y Herbert Marshall.
Luz en las tinieblas, por Alida Valli y Franco Giachetti.
Melodías errantes, por Gina Carvi y Conchita Montenegro.
Historia de una noche, por Sabina Olmos y Santiago Arriera.
Lydia, por Marie Obregon.
Chicago, por Tyrone Power y Alice Faye.
Renace la ilusión, por Emma Gramatica e Isa Pola.
El jorco Edises, por Mickey Roney.
Argel, por Charles Boyer y Mady Lamy.
El esplendor perdido, por Spencer Tracy.
El marido está loco, por Myrna Loy y William Powell.
Solo se vive una vez, por Henri Fonda y Sylvia Sydney.
El lazo sagrado, por Carole Lombard y James Stewart.
El sigilo de los pinguís, por Gary Cooper.
El castillo de los misterios, por Herta and Paul F. Lippel y Peter Lorre.
Bola de fuego, por Gary Cooper y Barbara Stanwyck.
Viajeros las Ruinas, por Tyrone Power, Myrna Loy y George Brent.
Elle y su secretario, por Rosalind Russell, Fred Mac Murray.

Una gran señora, por Barbara Stanwyck y Joel McCrea.
El rey de los mares, por Franchot Tone.
Esposa, doctor y seducción, por Loretta Young, Warner Baxter y Virginia Bruce.
Sueño, por Tyrone Power, Loretta Young y Annabella.
El signo del acero, por Tyrone Power.
Tu sería mi marido, por Laila Ferida y Juan Pajal.
Siempre Eva, por Lente Howard.
El cielo de Andalucía, por Angelita.
El hijo de Montecristo, por Louis Hayward, Jean Bennett y George Sanders.
¿Qué vida era mi vallet, por Walter Pidgeon, etc.

PRECIO: FTD PTAS.

SERIE "PRODUCCION ESPANOLA"

La hermana San Sulpicio, por Imperia Argentina.
La hija de Juan Simón, por Angelita, Pilar Muñoz y Carmen Amara.
Los Dolores, por Conchita Piquer.
Santa Rosalia, por Rafael Rivelles, Juan de Landa y Mimi Muñoz.
El 14.000, por Joaquina Hernández y Rafael Durán.
Polizón a bordo, por Lina Yegros.
Esquadrilla, por Alberto Mayo.
Alma de Dios, por Amparito Rivelles.
Si hermano y él, por Amador Vico y Enrique Guitart.
Torero, por Imperia Argentina.
Susana, por Alfredo Mayo.
Princesita, por Joaquina Hernández y Rafael Durán.
La duquesa de la Daga, por Carmen Gracia y Luis Peña.
Once panas de mujer, por Lina Yegros y F. Fernández de Córdoba.
Los millones de Polichinela, por Marta Benavente, Manuel Luna y Luis Peña.
Polichinela, por Estrellita Castro.
En el extranjero el Mayordomo, por María José Rímón, Luis Prados y Michel.
Legión de honor, por Emilio Roldán, Matilde Machin y Rosita Aza.
Parque ex el Serar, por Pastora Peña y Luis Peña.
Flora y Mariana, por Blanca de Siles y Pastora Peña.
40 horas, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.
Siempre mujeres, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.
Se ha perdido un osadras, por Roberto Pomé.
La arca está loca, por Joaquina Hernández y Manuel Machin.
Al vida en tus manos, por Isabel de Pomé y Jello Peña.
Deliciosamente locos, por Amparito Rivelles y Alfredo Mayo.
Un caballero francés, por Amparito Rivelles y Alfredo Mayo.
Cámpesmas, por Lucha Bato y Carlos Muñoz.
El hombre de las mujeres, por Puerto de Andorra.
Arrabida torera, por Alfredo Mayo y Sylvia George.
El camino del amor, por Alicia Romay y Jacinto Quintero.
Con los ojos del alma, por Matilde Viqueira, F. Fernández de Córdoba y Manuel Luna.

Títulos varios en existencia

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito. 16 fotografías.

Cancionero al día, 100 canciones modernas. 32 fotografías y biografías.

Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.

Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito. Jazz-Hot, Argentinas, Mexicanas, Cubanías. «Yalao», «La Centineta del Pasaje».

Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.

Cancionero Tropical, 129 canciones. Los éxitos de todas las películas sudamericanas, de Repertorio «Música del Sur», Ediciones Hispania, Armónico y Música Moderna. 8 fotografías.

Cancionero Flamenca, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.

Cancionero de actualidad, Repertorio modernísimo. Los mejores intérpretes. Los éxitos más resonantes. «El Fausto fue-ro Faustino», «Rumba a pique», «Una rubia peligrosa», «Lucas de Viena». Con 22 fotografías.

Cancionero «Pena y Alegría», la crónica musical de Juanito Valderrama.

Cancionero de los Triunfos Regionales. Los éxitos del día.

Cancionero Joyful. (Repertorio Alady-Light).

Cancionero «Amaditas Mías». Sus triunfos y sus éxitos.

Precio: 2'50 ptas.

Cancionero Roberto Fent. Las canciones máximas de este gran artista. Biografía. Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 ptas.

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los extras en los estudios; alegrías y sinsabores de los extras; los secretos del cine). 3'00 pesetas.

Ráfagas de humor, por Fidelio Trinitación, 5'00 ptas. (Lectura hilarante. Optimista. Agradable).

Recortes de Prensa, por Antonio Losada, 2'50 ptas. Las hechas mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Gaxton y Francisco Mario Bolognesi.

Precio: 2'50 ptas.

NUEVA COLECCION, DE GRAN EXITO:

PELICULA GRAFICA

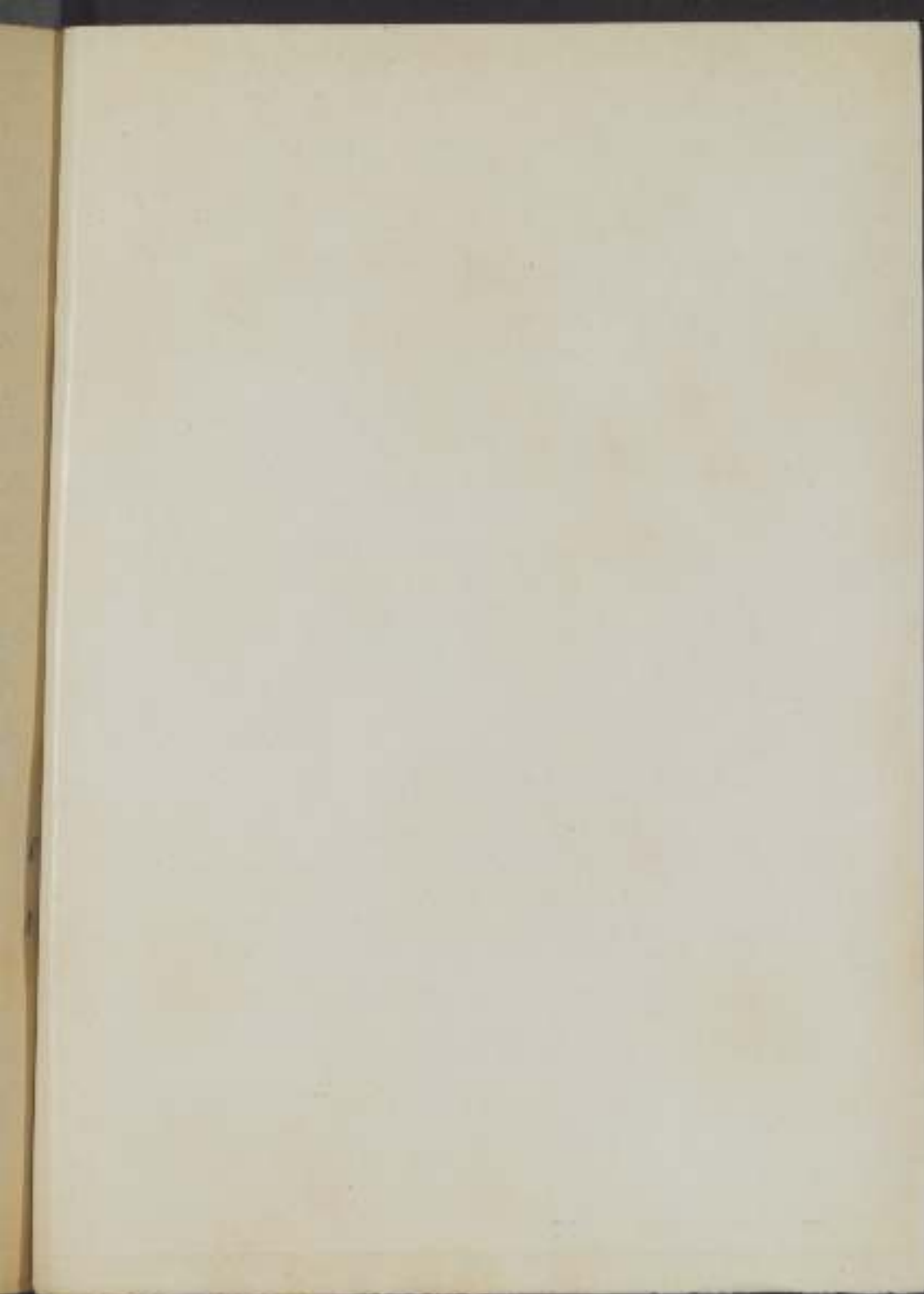
TITULOS PUBLICADOS

1. **EL SIGNO DEL ZORRO**, por Tyrone Power.
2. **EL LIBRO DE LA SELVA**, por Sabú.
3. **¡QUE VERDE ERA MI VALLE!** por Walter Pidgeon.
4. **EL HIJO DE MONTECRISTO**, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. **EL CAPITAN CAUTELA**, por Víctor Mature, Bruce Cabbott y Leo Carrillo.
6. **ESTUDIANTES EN OXFORD**, por Stán Laurel y Oliver Hardy.
7. **CUMBRES BORRASCOSAS**, por Lawrence Oliver, Marlene Oberón y David Niven.
8. **LA JUNGLA EN ARMAS**, por Gary Cooper y David Niven.
9. **EL LADRON DE BAGDAD**, por Sabú.

¡Inmejorable presentación!
¡¡Numerosas fotografías!!

PRECIO:

1. Pta.



E. B.

propaganda